

EL INSTITUTO DE CIENCIA MARY BAKER EDDY
PRESENTA:

La Inmortalidad Sacada A Luz
[EI PUNTO DE LA PERFECCIÓN, POSITIVO Y CIENTÍFICO=espiritual]

por Dorothy Rieke
(traducción Libre)

La presente es la traducción de una Reunión de Asociación para sus alumnos Practicistas, que en su momento dio la maestra de Ciencia Cristiana, Sra. Dorothy Rieke, en Bloomington Illinois, el 12 de octubre de 1957.

Jamás olvidaré la iluminación y el gozo que inundó mi conciencia, *cuando* me fue revelado por primera vez que yo era: *la hija inmortal de Dios*, y no una criatura mortal. Esta revelación tuvo lugar durante una conferencia sobre Ciencia Cristiana cuando recién era yo una estudiante muy nueva. Permítanme compartirles la historia que trajo la inmortalidad sacada a luz en mi experiencia.

La historia cuenta de un joven príncipe que siendo aún un pequeño niño, se separó de su aya y se desvió hacia un bosque en el cual vagaba una tribu de gitanos. Los gitanos se lo llevaron con ellos y lo criaron a su manera, convirtiéndolo en uno más de su tribu. Viviendo al aire libre con sus captores, después de pocos años se volvió tan aceitunado y bronceado como los gitanos. Él vestía ropa gitana, hablaba la lengua gitana y hasta tenía un nombre gitano. Para todo intento y propósito, él era un gitano. Verdaderamente se vía como uno de ellos, y **creía** que era uno de ellos.

Cuando salía de la adolescencia, la banda de gitanos acampó nuevamente en el bosque cercano al palacio. Un amigo muy querido del Rey, que jamás había cesado de buscarlo, lo vio. Quedó tan impresionado de la fuerte semejanza del joven con el Rey, que a pesar de la apariencia gitana, el viejo cortesano se convenció inmediatamente que aquel era el hijo del Rey. Conociendo algo de la lengua gitana, le dijo al joven: '¿Sabes quién eres?'

El otro lo observó y con la mirada confundida contestó: '¿Qué si sé quién soy? ¡Por supuesto que lo sé!' Y en seguida le dio su nombre gitano. 'Ah', dijo el cortesano, 'pero ese no es tu verdadero nombre. La verdad es que tú eres el hijo del Rey'.

El joven negó con la cabeza. 'Está equivocado', dijo, 'Yo no soy el hijo del Rey, yo soy sólo un gitano'. 'Yo sé que eso es lo que **pareces**', dijo el amigo, 'pero el hecho es que *no eres lo que pareces*. Verdaderamente **eres** el hijo del Rey'.

'Si lo que usted dice es cierto', dijo el otro, 'entonces debe haber dos de mí, el gitano, yo, y el otro, igual a mi, el hijo del Rey. Y yo no sé en dónde está el hijo del Rey'.

'¡No!', persistió el amigo, 'Solo hay uno sólo, y yo me estoy refiriendo a ese único. Ese único es el hijo del Rey.' 'Entonces', dijo el joven e

interiormente confiaba en que esto diera por terminado el asunto, 'si verdaderamente soy el hijo del Rey, ¿de dónde vino el gitano?'

El amigo le respondió que en verdad no había tal gitano, - sólo *parecía* haberlo. Más adelante le explicó que toda la evidencia de que el joven apareciera como un gitano, *era una mentira* acerca de él, que jamás podría cambiar el hecho de que él era realmente el hijo del Rey. En efecto, el único lugar en donde parecía existir un gitano era en su ignorancia, en la falsa concepción de su origen, porque por todo el tiempo transcurrido, él había sido siempre el hijo del Rey.

A esas alturas el conferencista se regocijó al decir: '¿No es maravilloso que durante todo ese tiempo el muchacho *nunca fuera verdaderamente* un gitano, sino siempre *el hijo del Rey?*' Él enfatizó que a pesar de toda la mentira, la evidencia del sentido material, la forma de hablar, la vestimenta, los modales, la complexión aceitunada, y así sucesivamente, - el joven no era *realmente* un gitano, sino siempre, en todo momento y verdaderamente, el hijo del Rey.

'Y', - dijo dirigiéndose hacia la audiencia- 'ustedes, también, son los hijos y las hijas del Rey. Ustedes son los hijos de Dios. En nada cambia el que el mentiroso sentido material exagere la evidencia de que ustedes son criaturas materiales y mortales, hijos de padres materiales, con achaques y dolores, carencias y limitación – cuando realmente ustedes son en verdad los hijos *inmortales* de Dios, y eso es lo que han sido siempre y por todo el tiempo'.

Pero no fue suficiente que el viejo cortesano convenciera al joven de que era el hijo del Rey; el joven tuvo que ir con su amigo al mismo Rey, identificarse a sí mismo, y reclamar su herencia. El príncipe así lo hizo. Esta vez él no dijo: 'Mírame, me veo como un gitano'. Mas bien dijo: 'Ve mi gran parecido con el Rey. Yo soy la imagen y semejanza de mi Padre. Soy el hijo del Rey, y todo lo que tiene mi Padre es mío'. Por *supuesto* que el príncipe fue reconocido como el verdadero hijo y heredero, y tomó posesión de su herencia.

El conferencista señaló que nosotros también, debemos venir intrépidamente al trono de la gracia, identificarnos a nosotros mismos como el hijo de Dios, Su exacta imagen y semejanza, y reclamar nuestra herencia. Reclamar salud, éxito, felicidad, empleo!

En la medida en que *mantengamos firmemente nuestra verdadera identidad* y reclamemos nuestra herencia, también tomaremos posesión de nuestro legado, de todo lo que es maravilloso y bueno.

Abandoné esa conferencia regocijándome de que no hubiera dos de mí, de que en realidad nunca hubiera sido una gitana, nunca en realidad un mortal, sino siempre la hija del Rey, la inmortal criatura de Dios. En ese momento me propuse reclamar mi verdadera herencia en forma consistente y persistente. Nunca dejaré de estar agradecida porque *la inmortalidad traída a luz* me fuera presentada en los primeros tiempos de mi estudio de la Ciencia Cristiana.

Quiero ahora decirles que he seleccionado el tema 'Inmortalidad' para esta Asociación, porque entiendo y siento que todos los Científicos Cristianos deben estar más alertas acerca de su inmortalidad, tener un entendimiento más claro de ello y obtener aún mayor regocijo en lo concerniente a este tema.

Se nos dice en la II Timoteo (1:10) que Cristo Jesús abolió el concepto de muerte y sacó la inmortalidad a la luz por medio del Evangelio. Mary Baker Eddy escribe en el Libro de Texto, que Dios destruye el pecado, la enfermedad y la muerte, y trae a luz la inmortalidad (72:13 "La Verdad destruye la mortalidad y saca a luz la inmortalidad"). Sea entonces nuestra oración: Que la misma Mente se encuentre esta tarde en nosotros, tal y como estaba tanto en el Maestro como en nuestra Guía, y que podamos tener el mismo claro concepto de la inmortalidad que ellos tenían, de forma que también podamos curar, impartir la palabra y enseñar como lo hicieron ellos.

¿Qué mejor texto podríamos hoy utilizar en nuestra búsqueda de traer a luz la inmortalidad a nuestra conciencia, que el que se haya en la pág. 242 de *La Primera Iglesia de Cristo, Científico y Miscelánea*, de la Sra. Eddy, que literalmente es la base de la conferencia de esta tarde y fue escrito por la Sra. Eddy en respuesta a una carta que le escribieran? Permítanme primero leerles la carta que le enviaron:

"En la tarde de ayer fui catequizado por un Practicista de Ciencia Cristiana al haberme referido a mi mismo como una idea inmortal de la Mente divina. Él me dijo que mi declaración estaba incorrecta debido a que aún vivía en la carne. Yo respondí que no vivía en la carne, sino que la carne vivía o moría de acuerdo a las creencias que yo sustentaba acerca de ella".

He aquí la respuesta de la Sra. Eddy, tal y como fue publicada en el Sentinel y más tarde incorporada a 'Obras en Prosa'.

"Usted es científicamente correcto en su declaración acerca de sí mismo. Nunca podrá demostrar espiritualidad hasta que se declare a sí mismo, inmortal, y entienda que lo es. La Ciencia Cristiana es absoluta, no se haya detrás del punto de la perfección, ni avanzando hacia él; se haya en justo en el punto de la perfección, y desde él, debe ser practicada. A menos que perciba completamente que es el hijo de Dios y por lo tanto, perfecto, no tendrá ningún Principio que demostrar y ninguna regla para tal demostración. Con esto no quiero decir que los mortales son los hijos de Dios, sino todo lo contrario. En la práctica de la Ciencia Cristiana, usted debe establecer el Principio correctamente, o renunciará a su habilidad para demostrarla".

Acerca de esta carta y su respuesta, los albaceas que publicaron luego las 'Obras en Prosa', puntualizaron: "Estamos felices de tener el privilegio de publicar el extracto de una carta dirigida a la Sra. Eddy por un Científico Cristiano del Oeste, y la respuesta de nuestra Guía. Lo publicado

es algo muy importante y sobre esto debe existir absoluta y correcta enseñanza. Los Científicos Cristianos somos afortunados de recibir instrucción de nuestra Guía en este punto”.

A menudo me digo que si fuera abandonada en una isla desierta y pudiera tener solo uno de los párrafos de los escritos de la Sra. Eddy, éste sería el párrafo que escogería. La razón es que éste es el que nos dice con exactitud cómo practicar la Ciencia Cristiana. En efecto nos dice cómo vivirla. Como señalan los albaceas, la Sra. Eddy está realmente enseñándonos con su respuesta. ¿No somos entonces afortunados en disponer de tal párrafo como la base de la revelación de hoy acerca de la inmortalidad traída a la luz?

De la afirmación: “Nunca podrá demostrar espiritualidad hasta que se declare a sí mismo, inmortal, y entienda que lo es”, recibimos nuestra primera directiva, a saber: ¡Declararnos nosotros mismos inmortales! A pesar de ser esta orden tan directa, ¿cuántos de nosotros hemos declarado hoy aunque sea una vez, que somos inmortales? Tempranamente en nuestro estudio de Ciencia Cristiana, aprendemos la importancia de reclamar todo el bien.

Un excelente ejemplo de cómo trabajar en la Ciencia, nos es mostrado en la pág. 10: 20 - 25 de ‘La Curación Cristiana’: “Si deseáis ser felices, abogad con vosotros mismos en favor de la felicidad; defended el lado que deseáis que triunfe, y tened cuidado de no razonar de ambos lados, o de abogar más por el pesar que por la alegría. Vosotros sois los abogados del caso y ganaréis o perderéis según vuestro alegato”.

Nosotros somos ahora los abogados para el caso de la inmortalidad y es nuestra, declarando que así somos. La Sra. Eddy nos dice en el Libro de Texto que “Admitir para sí que el hombre es la semejanza misma de Dios, deja al hombre en libertad para abarcar la idea infinita. Esa convicción cierra la puerta a la muerte y la abre de par en par hacia la inmortalidad.” (C & S 90: 24 – 28) Si lo dicho puede cumplirse solo por la simple admisión, ¿cuánto más rápido podría ser nuestro progreso si enfáticamente argüimos, reclamamos, declaramos y afirmamos nuestra inmortalidad ahora mismo?

La oración afirmativa es la más alta, la más poderosa forma de oración; por lo tanto, dejemos que nuestro primer pensamiento al despertar por las mañanas y el último de la noche, sea uno de afirmación y regocijo por ser realmente inmortales.

Cien veces al día establezcamos sintonía con el infinito y ¡demos gracias a nuestro amante Padre celestial, porque somos Sus hijos inmortales!

Regocijémonos de que no somos una mortal ama de casa lavando ventanas y puliendo pisos. ¡Qué maravilloso es que somos la hija inmortal del Rey, viviendo en la casa de Dios, sirviendo con alegría y reflejando al máximo todas Sus cualidades!

Regocijémonos de que no somos un periodista mortal describiendo los defectos de un concepto mortal del universo. ¡Qué maravilloso es que somos el hijo inmortal del Rey, divinamente empleado en ser el testigo de la verdad acerca del universo espiritual de Dios!

Declaremos que no somos un agobiado hombre de negocios con demasiados problemas, sintiéndonos inadecuados para eliminarlos. ¡Regocijémonos de que estamos divinamente empleados; de que la Mente infinita está por siempre impartiéndonos Sus juicios y pensamientos, y causando cada evento de nuestra carrera para que nos desenvolvamos en perfecto orden y éxito!

Regocijémonos de que no somos una mortal maestra buscando enseñar a un grupo de mortales que nos parecen ser no muy receptivos. Mejor sepamos que ¡somos el ser señalado, divinamente sustentado para traer la verdad del Ser a los hijos inmortales de Dios, que siempre son receptivos a la única Mente infinita!

No hay nadie que no pueda hallar oportunidades a lo largo del día para negar la existencia material y regocijarse en la inmortalidad. Al hacer esto ¿no estamos al igual que el príncipe del cuento, identificándonos como el hijo del Rey y reclamando nuestra verdadera herencia de inmortalidad?

Nuestra segunda directiva en este hermoso párrafo, es entender que somos inmortales. Antes aún de contemplar lo que constituye la inmortalidad, reclamemos un entendimiento de ella, siguiendo la declaración en la que la Sra. Eddy señala que “la admisión de que el hombre es la propia semejanza de Dios, nos abre ampliamente la puerta hacia la inmortalidad”. Ella continúa diciendo que: “La comprensión y el reconocimiento del Espíritu tienen que venir finalmente...” (C & S 90: 28 – 29). Así, de nuevo, está nuestra Guía impartiéndonos coraje para reclamar ahora aquello que es correcto y bueno; y al hacerlo, estaremos verdaderamente abriendo la puerta a un mayor entendimiento.

De manera que aunque nos convertiremos en investigadores científicos y cavaremos hondo acerca del tema de la inmortalidad, también admitiremos, reclamaremos y declararemos que *ahora mismo* la entendemos. Reclamar que entendemos la inmortalidad sobre la base del divino entendimiento que es nuestro entendimiento, es nuevamente reclamar nuestra herencia verdadera y deja el camino franco para que la inmortalidad sea traída a luz en nuestra conciencia.

El Diccionario Nuevo Colegiado de Webster, define la inmortalidad como: “cualidad, o el estado de ser inmortal; la existencia sin fin”. Un ser inmortal es, entonces, descrito como no–mortal, no–percedero, y por lo tanto, no sujeto al concepto muerte.

Cristo Jesús persistentemente predicó la inmortalidad; él habló de su origen espiritual con declaraciones tales como: “Salí del Padre, y he venido al mundo.” (Juan 16: 28) Jesús estaba alerta respecto a su preexistencia cuando dijo: “Antes que Abraham fuese, yo soy.” (Juan 8: 58) Expresó su

conocimiento de la existencia espiritual cuando dijo: “Yo y el Padre uno somos.” (Juan 10: 30) Reconoció la continuidad de la vida después de su transitar sobre la tierra cuando dijo: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.” (Juan 20: 17) Jesús nunca vio a nadie muerto, sino ‘durmiendo’; él dijo de la hija de Jairo: “¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no está muerta, sino duerme.” (Mar. 5: 39) Y de Lázaro: “Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy a despertarle.” (Juan 11: 11) En ambas instancias él probó la nada de la muerte y la realidad e inmortalidad de la vida.

La Sra. Eddy es también consistente en enseñarnos que el hombre es inmortal. Esto podría resumir mejor nuestro entendimiento de que el origen del hombre es Dios; de que nuestra vida es espiritual y eterna; que un postulado al cual la Sra. Eddy llama una de las ‘piedras principales del templo de la Ciencia Cristiana’, expresa: “Que la Vida es Dios, el bien, y no el mal; que el Alma es incapaz de pecar y no ha de encontrarse en el cuerpo; que el Espíritu no está materializado ni puede ser materializado; que la Vida no está sujeta a la muerte; que el hombre espiritual y verdadero no tiene nacimiento, vida material, ni muerte..” (C & S 288: 21 – 26) Es entonces con el postulado de que el hombre espiritual no tiene nacimiento, con el que comenzaremos nuestra contemplación o investigación sobre el tema de la inmortalidad.

Ciertamente que deberemos comenzar con el hecho de que el hombre jamás ha nacido en la materia. Demasiada gente, incluyendo a los Científicos Cristianos, dicen que están trabajando ‘para mantenerse lejos de la muerte’. En verdad, ¿no están comenzando por el extremo equivocado del problema? Si se estuvieran regocijando porque nunca tuvieron la experiencia del nacimiento material, estarían comprendiendo el hecho de que aquello que nunca nació, nunca podrá morir.

La mayor mentira errónea que hay acerca del hombre, es que éste tiene origen material; debemos entonces negar esta específica mentira, más que cualquier otra.

En el Libro de Texto la Sra. Eddy nos da una interpretación notable de los versículos del Capítulo 10 del Apocalipsis: “Vi descender del cielo a otro ángel fuerte, envuelto en una nube, con el arco iris sobre su cabeza; y su rostro era como el sol, y sus pies como columnas de fuego. Tenía en su mano un librito abierto; y puso su pie derecho sobre el mar, y el izquierdo sobre la tierra.” (C& S 558: 3 – 7)

Acerca de esta interesante visión, ella escribe: “Ese ángel tenía en su mano ‘un librito’ abierto para que todos lo leyeran y comprendieran. ¿Contenía ese mismo libro la revelación de la Ciencia divina, cuyo ‘pie derecho’, o poder dominante, estaba sobre el mar – sobre el error elemental y latente, el origen de todas las formas visibles del error? El pie izquierdo del ángel estaba sobre la tierra, esto es, un poder secundario se empleaba contra el error visible y el pecado audible.” (C & S 559: 1 – 8)

Cuando negamos las dolencias, las carencias, la enfermedad, el pecado, etc., en realidad nuestro trabajo está hecho en menos de su mitad

y no debemos olvidar manejar y reducir a su nada original, a través de una clara comprensión de la totalidad de Dios, el error elemental latente, causa de todas las formas visibles de error. Ahora bien, ¿qué es este error elemental? Este no es, no puede ser nada más que: *la creencia de que el hombre alguna vez nació en la materia*. Recordemos que el ángel sintió que era importante colocar el pie derecho o poder dominante, sobre la fuente de todas las formas visibles de error, como el nacimiento material. Si el ángel sólo se hubiera parado sobre un pie, habría estado en mejor equilibrio, porque esto hubiera significado que no había error latente elemental, y en consecuencia, el que el hombre hubiera alguna vez nacido en la materia, no podría ser nunca una forma visible de error.

No tendríamos, por tanto, un cuerpo físico con enfermedad; ningún sentido material nos podría comunicar dolor alguno; no habría otros mortales con los cuales estar en conflicto; ninguna materia en la cual acumular error; ni mente mortal por la cual estar preocupado o temeroso. Cómo es entonces de bueno que el pie derecho de la verdad omnipotente esté apoyado sobre el error latente del nacimiento material, cuando sabemos que el hombre es inmortal y entendemos que en verdad lo es.

La Sra. Eddy tiene muchos hermosos pasajes dedicados a señalar que el hombre nunca ha nacido. Una de tales declaraciones me trajo curación y me ayudó a ver, que como yo no había sido materializada o mortalizada, no podría estar envuelta en un accidente. Yo había caído desde una gran altura sobre un peñasco. Volviéndome hacia Dios por socorro, recordé esta declaración: “El hombre no puede caer de su estado elevado” (C & S 258: 27). Al hallar este pasaje en el Libro de Texto, aprendí que solamente debido a que yo nunca había nacido, resultaba imposible para mí caer de lado alguno. Probablemente estemos familiarizados con la afirmación que dice: “No habiendo nacido jamás y jamás habiendo de morir, le sería imposible al hombre, bajo el gobierno de Dios en la Ciencia eterna, caer de su estado elevado.” (C & S 258: 28 – 31) Aquello que parece nunca haber nacido, nunca ha tenido una concepción material, me cuestioné; y la respuesta me vino tal y como si me hablara Dios: “Tu hermana número diez y siete nunca nació”.

Al principio quedé un poco sorprendida por esta réplica, pero a medida que pensaba en ella, pude ver claramente que como ‘mi hermana número diecisiete nunca había nacido en la materia’, nunca habría tenido un cuerpo físico que cayera, y no habría habido forma alguna de haberle provocado una caída. Comprendí el hecho de que ella nunca había dejado el cielo para estar en la tierra y nunca había sido mortalizada o materializada. Ella estaba todavía viviendo en Dios y nunca podría haber caído. Su ser era espiritual y por lo tanto, inmune a lastimaduras o contusiones. La única sustancia que alguna vez la había tocado, era el Espíritu; por tanto, ahí no había causa alguna de lastimadura.

Entonces sentí el regocijo de saber que lo que era verdadero para mi hermana número diecisiete, también era verdadero para mí, porque yo tampoco había nacido jamás en la materia. Esta iluminación espiritual de mi identidad verdadera fue más tarde reforzada por referencia acerca de

nuestra inmortalidad, hecha por nuestra Guía en Ciencia y Salud: “La Ciencia divina disipa las dudas del error con la luz de la Verdad, levanta el telón y revela que el hombre nunca ha nacido y nunca muere, sino que coexiste con su creador.” (557: 20–23)

Naturalmente, la curación fue instantánea y completa. Qué mejor descripción podríamos encontrar del hombre como inmortal, que la dada en Hebreos 7: 3 “¡Sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios!” Ustedes son el hombre inmortal ahora, y a través de la iluminación de la Ciencia Cristiana lo entendemos, lo reclamamos y nos regocijamos en ello.

Esta epístola a los Hebreos nos acerca a una cuestión importante; ¿estamos de acuerdo en negar el parentesco mortal tal y como lo sugiere el apóstol? Así deberemos hacerlo si vamos a ser consistentes en reclamar inmortalidad, pues ¿cómo podemos declarar que somos los hijos de Dios y agregar luego que hemos nacido de padres materiales? Recordemos que no puede haber dos de nosotros – a la vez el hijo del Rey y el gitano – sino que solo hay una sola identidad y esta única es, la de hijo de Dios. Jesús nos dio el ejemplo cuando negó a sus padres materiales. Él reclamó a Dios como su Padre a la tierna edad de doce años, cuando dijo a María y a José: “¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” (Luc. 2: 49) También se desligó de toda relación material cuando señaló: “¿Quién es mi madre, y quienes mis hermanos...? ...Todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre.” (Mat. 12: 48 – 50)

¿Estamos siendo fríos, crueles, desamorados cuando negamos a estas personas queridas a quienes hemos llamado nuestros padres y negamos que hayan sido la fuente de nuestro ser? ¡No! Más bien los estamos bendiciendo, pues en lugar de verlos como mortales nacidos en la mortalidad, sujetos al pecado y la enfermedad, los bendecimos como los inmortales hijos de Dios, espirituales, perfectos, sujetos solamente a las leyes de Dios.

Sepamos que mujeres han sido sanadas en la Ciencia de dolencias tales como órganos desplazados, venas varicosas y otros problemas atribuidos al nacimiento de niños, solo por negarse a aceptarse a sí mismas como mortales que están dando lugar a nacimientos materiales; regocijándose en cambio, de que sus hijos son la expresión inmortal del ser de Dios y no teniendo otro origen. Problemas de eccemas, asma o diabetes, están lejos de desarrollarse en familias donde los hijos y padres por igual aceptan a Dios como único Padre, el único creador.

El amor no es pérdida... En efecto, es una vigilancia de la presencia de un amor mayor; el Amor que es el liberador. Todo cuanto se pierde es la maternidad abrumadora, encadenada, el restrictivo sentido humano de amor.

Una ley de curación para cualquier problema de herencia, ya sea una enfermedad o la disposición de rasgos de carácter, es la verdad de

que Dios es el único Padre. Nunca nacido de padres materiales, el hombre no puede heredar cualidades o condiciones de una raza mortal. Nacido solamente de Dios, sólo puede heredar las cualidades o condiciones derivadas de la deidad.

Un hombre trajo curación para sí, para su padre y para su hijo, cuando desconoció toda relación mortal con su padre e hijo. Estableció que por ser los tres, hijos de Dios, sólo tenían como herencia, las cualidades de Dios. Esto significaba que él no podía haber heredado asma de su padre, ni tampoco su hijo podría haberla heredado de él. Los tres razonaron que ninguno de ellos había heredado las tendencias humanas de temor, frustración o conflicto emocional que contribuyen a la creencia en el asma; más aún, él vio que debido a que no existe cosa tal como relaciones mortales, no podía haber una disminución del sentido del amor, el cual es tan a menudo señalado en relación con el asma. En cambio, se regocijó en que cada uno reflejaba el generoso, liberador amor de Dios.

Su larga búsqueda de curación fue completada rápidamente por la comprensión de la simple verdad de que Dios es nuestro único origen y creador; nuestro Padre – Madre.

Viendo a los demás como hijos de Dios, y, por tanto, todos hermanos y hermanas en un universo espiritual, los padres nunca serán una carga puesta sobre los hijos, ni tampoco los hijos sobre los padres; todo estará entera y completamente a cargo de Dios, independientemente de lo concerniente tanto a la falsa responsabilidad como a los lazos de uno hacia otro y todos feliz y armoniosamente así relacionados.

A propósito de esto, ¿qué edad tiene usted? Si yo pusiera a cada uno de ustedes en el estrado de los testigos ahora mismo, con la promesa de decir la verdad, solo la verdad y nada más que la verdad, ¿cuál sería entonces su respuesta? ¡Qué hermoso es saber que usted no tiene edad! No habiendo jamás nacido, usted no puede tener ni un solo día de edad, y mucho menos treinta, cuarenta o sin-cuenta años! ¿Qué edad tiene su hermana número diez y siete? No habiendo nacido nunca, ¿tendría días o años de los que llevar la cuenta? ¡Claro que no! ¡Y usted tampoco!

La verdad acerca de la edad del hombre es que él está para siempre en el punto del recién iniciado; es para siempre, inmediata e instantáneamente, el efecto del Ser de Dios. Al igual que un rayo de sol, que puede haber estado ahí por millones de años, es lo que el sol ha dispuesto que sea en este mismo momento; así el hombre, el reflejo de Dios, la expresión del Ser de Dios, es en este mismo instante, sólo lo que Dios ha causado que sea.

No se maravillen de que el hombre sea eterno; él, al igual que el rayo de sol, está por siempre creándose nuevamente en perpetua renovación. Y aún cuando el hombre es instantáneo e inmediato, él es maduro, la completa, perfecta imagen y semejanza de Dios, reflejando al máximo la totalidad de las cualidades de Dios, y en perfecto equilibrio.

Esto es lo que la Sra. Eddy quiere decir cuando compara la vida con el sol, y al hombre como su eterno medio día. No hay una culminación

debida a una acumulación de años, sino por causa de la totalidad de lo completo de la reflexión. ¿De qué mejor manera podría ser expresado nuestro verdadero nacimiento espiritual, que por medio de esta hermosa cita de Ciencia y Salud (507: 29 – 31): “La creación está siempre manifestándose y tiene que seguir manifestándose perpetuamente, debido a la naturaleza de su fuente inagotable”?

No teniendo edad, le es imposible al hombre pagar castigos vinculados con la edad. La verdad fundamental sobre el ‘no-nacimiento’, cierra la puerta a las llamadas enfermedades de la niñez. ¿Existirá un pensamiento bien dispuesto hacia el sarampión o la rubéola, cuando una familia se está regocijando de que el hombre no tiene edad o cuando los padres no están pensando de sus pequeños que son infantes desvalidos o chiquitines vacilantes, sino que ven en ellos la madura idea de Dios?

Los problemas de la piel, generalmente asociados a la etapa de la adolescencia, ceden prontamente a la gloriosa verdad de que el hombre no habiendo nacido nunca, carece de un solo día de edad y por lo tanto, mucho menos tendrá diecisiete años de edad. Ciertamente que alguien que se regocija persistentemente sabiéndose inmortal y entendiendo que lo es, no puede caer bajo ninguna condena debida a cambios de vida; como nunca ha nacido, no tiene ni un solo día de edad, y mucho menos cincuenta años de edad. Sabiendo que la vida es Dios, siempre incambiable, siempre sin tiempo, él debe necesariamente demostrar perfección y armonía permanentes.

Aún los supuestos problemas que vienen a los sesenta y cinco años de edad, son rápidamente resueltos cuando nuestra inmortalidad sin edad es reclamada. Una amiga mía se encontraba bastante pre-ocupada porque su padre había sido obligado a retirarse de su actividad a la edad de sesenta y cinco años. Este señor había sido una persona muy activa, y su hija temía que la inactividad pudiera resultar en problemas. Cuando su atención se enfocó sobre el hecho de que el hombre es inmortal y por lo tanto sin edad, ella se regocijó a lo largo de estas líneas, comprendiendo el hecho de que su padre nunca había nacido, y por lo tanto, no podía tener sesenta y cinco años de edad. Supo que era entonces, inconcebible que su padre tuviera que pagar una condena por aquello que nunca había existido; más aún, pudo ver que Dios jamás retira a sus hijos, sino que continuamente los emplea al máximo de sus posibilidades. Un día su padre se encontró con un amigo, quien le preguntó cómo le iba. Su padre respondió que estaba bien, pero que estaría mejor si trabajara. El amigo dijo: “Bueno, conozco gente a quienes les encantaría emplear a una persona como tú”. En el correr de la semana ya estaba trabajando su padre, realizando un trabajo de precisión y aunque había sido el jefe de departamento de una empresa grande durante muchos años, estaba ganando más dinero ahora en el nuevo empleo. En ese momento faltaban solo tres semanas para navidad, pero para esa fecha, junto con los otros empleados, recibió regalo de la compañía.

¿No debemos entonces estar llenos de agradecimiento porque sabemos y entendemos nuestra inmortalidad, y por tanto no tenemos que

aceptar condena alguna de vida a ninguna, ninguna edad? ¡Qué hermoso y liberador es que ninguno de nosotros deba volverse anciano y pagar penalidades a ninguna edad!

“Nosotros somos ahora, y seremos por siempre, la inmediata expresión del Ser de Dios, manifestando Su libertad, Su fortaleza, Su inteligencia, Su divina actividad ejercida al máximo, porque somos inmortales, y lo comprendemos así”.

¿Qué debemos entonces hacer respecto a los cumpleaños? La Sra. Eddy nos dice en Ciencia y Salud: (246: 10 – 11) “El medir la vida por los años solares roba a la juventud y afea a la vejez.” Dice que jamás llevemos cuenta de edades; que las estadísticas de nacimientos y muertes, son otras conspiraciones dispuestas contra hombres y mujeres. Seamos entonces, consistentes acerca de este punto, de que ¡nunca hemos nacido!

En lugar de expresar con un suspiro: “Nosotros no podemos pagar la condena de vida al nacimiento, dado que éste nunca sucedió”, y en el próximo, reclamar un cumpleaños o desearle a otro: “que los cumpla feliz”. ¿Por que celebrar aquello que nunca sucedió? Permítanme hacerles algunas preguntas, al igual que las hace la Sra. Eddy en *Miscellany*: (235: 15) “¿Es Dios infinito? ¡Sí! ¿Ha hecho Dios al hombre? ¡Sí! ¿Ha hecho Dios todo cuanto ha sido hecho? ¡Sí; Él lo hizo! ¿Es Dios Espíritu? ¡Sí, lo es! ¿Ha hecho el Espíritu, infinito a aquello que no es espiritual? ¡No! ¿Quién o qué hizo la materia? La materia, como sustancia o inteligencia, nunca fue creada. ¿Es el hombre mortal, un creador, o es él materia o espíritu? ¡Ninguna de estas cosas! ¿Por qué? Porque el Espíritu es Dios y es infinito; por tanto, no puede existir otro creador y ninguna otra creación. El hombre no es sino Su imagen y semejanza.

¿Es usted un Científico Cristiano? ¡Sí, lo soy! ¿Adopta usted como verdad las declaraciones que anteceden? ¡Sí, las acepto! Entonces, ¿por qué esa conmemoración sin sentido, de cumpleaños, ya que no hay ninguno que festejar?”

La gente a menudo pregunta: ¿Y qué ocurre acerca de los regalos de cumpleaños, que son una expresión de amor?” Todos nosotros estamos felices de darlos y nos encanta la idea de que alguien nos los dé, pero ¿por qué adjuntar estigmas de ficción o irrealidad, una mentira a un regalo? Algunos dirán: “Yo no pienso en ello como en una parte de mi edad, sino solo como mi día especial”. Ahora bien, ¿por qué colaborar en cavar una tumba, adjuntando la palabra ‘cumpleaños’ a un regalo? Ciertamente, todos tenemos derecho a ‘un día especial’ y queremos tener uno, pero ¿por qué seleccionar para ello el llamado ‘cumpleaños’? ¿Por qué no elegir otro día si queremos llamarle a este ‘nuestro día’?

Una pareja que conozco maneja inadvertidamente el tema ‘cumpleaños’. Hacen que estos días pasen sin ningún reconocimiento, y mucho menos como una celebración; en su lugar celebran el día de San Valentín, y en él expresan amor de todos modos. Para este día planifican sus eventos de celebración, se dan regalos, y realmente hacen que sea un día muy especial para los dos.

¿Ha notado alguna vez cómo es bien fácil visualizar a su compañero como perfecto, cuando está conciente del hecho de que él nunca ha nacido? Así lo fue una vez en mi experiencia, cuando para mí parecía imposible ver la irrealidad de las condiciones mortales, sin el amor de un individuo, y en su lugar ver solamente en él, las cualidades de Dios. Encontré entonces en Ciencia y Salud: "... levantad el telón (sobre)... el hombre como nunca... nacido." (557: 21 – 22) Así que bajé el telón sobre la escena de un celoso, egoísta y mentiroso mortal, y encaré la escena que la Ciencia me presentó.

Cuando mi compañero me fue revelado como tranquilo y calmo en Dios, me fue notablemente fácil verlo como pleno de amor, honesto, sin temor, compasivo y generoso. Luego viví con este concepto, el concepto verdadero, y no necesito decirles que la relación se volvió totalmente armoniosa.

Déjenme entonces sugerirles que si hay alguien en su experiencia a quien es difícil verlo como perfecto, 'bajen sobre esa imagen mortal, el telón y permitan que la Ciencia levante sobre él, el telón que lo muestra como el hombre que jamás ha nacido'. Yo les puedo garantizar que entonces no verán al individuo como un gitano, sino como al hijo del Rey.

En la comprensión de que nunca hemos nacido, tenemos que aceptar el glorioso hecho de que nunca, pero nunca, hemos dejado los cielos para venir a la tierra!

En verdad estamos todavía viviendo y moviéndonos y teniendo nuestro ser en Dios, por lo tanto nuestro universo es el universo de la conciencia divina; nuestra historia es la eterna historia de que: "Todo es Mente infinita y su manifestación infinita..." (C & S 468: 11 – 12) Esta poderosa verdad revela que no hay nada que nos afecte, que nos condicione o nos influencie, ¡salvo Dios! En el reino de la conciencia en que habitamos, no hay un relato de Adán y Eva que coloque una maldición sobre nosotros; no existe caos; ninguna destrucción; ninguna pérdida; ninguna limitación; y ningún conflicto que nos lastime; no hay falsas teologías que caigan sobre nosotros o interfieran con nuestro bien estar... ya sea que se llamen catolicismo, luteranismo, o comunismo.

No existen leyes médicas que nos aprisionen, y por sobre todo, NO HAY NINGUNA MENTE MORTAL QUE NOS HAGA TEMER, ODIAR, NOS PREOCUPE, NOS TIENTE, NOS DÉ ENVIDIA, O PERMITA CONVIVENCIA, MENTIRA, MENOSPRECIO y cosas como éstas. Partiendo de que no hay mente mortal, no puede haber ningún mesmerismo, magnetismo animal, hipnotismo, o similar, que nos controle.

Todo desamor, así como las fuerzas destructivas conectadas con un universo material y una historia mortal, son barridas completamente fuera; reveladas como absolutamente inexistentes, frente a la verdad inmortal de que el hombre, nunca ha tenido nacimiento en la materia.

Es muy bueno comprender que no sólo somos inmortales ahora mismo, sino que siempre ha tenido que ser así. Nunca ha existido un

comienzo para esta inmortalidad, y jamás ha habido interrupción alguna de esta verdad por medio de una existencia material.

En respuesta a la pregunta de Dios a Job(38: 4, 7): “¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra; cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios?” Podemos contestar: “Estábamos ahí, cantando juntamente con las estrellas del alba, y también junto a aquellos hijos de Dios colmados de regocijo”.

Jesús estaba consciente de su preexistencia espiritual cuando expresó la gran oración (Juan 17: 5): “Ahora pues, Padre, glorifícame Tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”. Cuán fácil es ver que no puede existir ninguna enfermedad, ningún pecado, y aún ninguna creencia en el nacimiento, antes que el mundo fuese. Dios fue el único origen, el único creador. Él glorificó al hombre con Su propia emanación, Su propia realidad, Su propia sustancia, Su propia conciencia, Su propio Ser y acción, Su propia ley, Su propio amor, Su propio conocimiento y entendimiento.

Esto mismo es verdadero hoy en día, pues nunca ha existido un mundo material ni tampoco un relato de existencia material, capaz de interrumpir la inmortalidad. La Sra. Eddy escribe en Escritos Misceláneos, que “El conocimiento firme y verdadero que poseía el manso Nazareno en cuanto a la preexistencia, a la naturaleza e inseparabilidad de Dios y el hombre – fue lo que le hizo poderoso” (189: 8-11). De nuevo en esta obra ella establece: “Los mortales perderán su sentido de mortalidad – enfermedad, dolencia, pecado y muerte – en la proporción en que adquieran el sentido de la preexistencia espiritual del hombre como hijo de Dios; como linaje del bien y no de lo opuesto a Dios – el mal, o un hombre caído” (181: 27-32).

Es muy importante estar totalmente seguro de que cuando usamos el término ‘pre-existencia’, no estemos pensando en una vida espiritual que haya precedido a una vida material. Muchas religiones ortodoxas enseñan que nosotros dejamos el cielo para venir a la tierra, habiendo así vivido espiritualmente antes de esta existencia material. Otras enseñan acerca de una existencia material anterior y otra existencia material ahora.

La Ciencia desaprueba estos conceptos equivocados con la verdad de la inmortalidad ininterrumpida. La existencia espiritual es ahora, al igual que la existencia espiritual era nuestra ‘antes que el mundo fuese’. Nunca hubo ninguna cosa sino la existencia espiritual. Por lo tanto, la única preexistencia debe ser espiritual.

Antes de venir a la Ciencia yo tenía cierta certeza de que debíamos haber vivido anteriormente. Mi concepto de preexistencia era de una experiencia material anterior. Estaba deseosa de aceptar la inmortalidad, la vida eterna, pero sentía que allí también tendrían que haber períodos de mortalidad. Al final de mi clase de Instrucción, cada uno de nosotros tenía permiso de hacer a nuestro maestro, John Randall Dunn, una pregunta. Él había hecho énfasis en el punto de que la única

preexistencia era espiritual, pero yo todavía no estaba convencida. Así que mi pregunta fue: “Si nosotros no hemos tenido una existencia material anterior a ésta, ¿por qué es que a Dorothy Rieke se le ha concedido el privilegio de nacer en América, de contar con educación, y aún ha sido bendecida con una clase de Instrucción, mientras que un hindú, nacido en la India, vive en la pobreza, entre la suciedad, nunca podrá elevarse por encima de su sistema de castas y mucho menos en su educación, y jamás oír acerca de la Ciencia Cristiana?” Y todavía agregué: “Si nosotros no tuvimos una experiencia humana previa que ejerza influencia en este estado de nuestra experiencia presente, ¿por qué existen tales diferencias en nuestras circunstancias?”

La respuesta del Sr. Dunn fue muy sabia: “Ambas son... tan solo sueños”. Entonces pude ver que mi razonamiento concerniente a la preexistencia había sido incorrecto porque no se había basado en el **hecho científico**. Yo había razonado que como estábamos experimentando una existencia material ahora, seguramente entonces nuestra preexistencia debía haber sido también material.

“A fin de razonar correctamente”, nos dice la Sra. Eddy (C & S 492: 3-7), “debiera haber un solo hecho ante el pensamiento, a saber: la existencia espiritual. En realidad no hay otra existencia, ya que la Vida no puede estar unida a su desemejanza, la mortalidad”.

Cuando yo niego los sueños presentes de una existencia mortal, puedo ver rápidamente que nuestra preexistencia fue la misma que lo que es ahora – espiritual, perfecta, ininterrumpida, inmortal. Durante todo el tiempo, tanto el hindú como yo misma, nunca hemos tenido una historia material. O sea, que durante todo este tiempo, ambos hemos estado viviendo en Dios, ambos bendecidos sin limitación alguna por todos Sus infinitos recursos, y ambos totalmente conciente de nuestra espiritualidad e inmortalidad, así como de nuestra unicidad con el Padre.

Con la finalidad de estar segura que recibiríamos la correcta impresión de ininterrumpida inmortalidad, cuando hablamos de preexistencia, la Sra. Eddy la liga con la palabra ‘coexistencia’. Oigamos el uso inspirado que ella hace de estos términos en Escritos Misceláneos: “La Ciencia invierte el testimonio del sentido material con el sentido espiritual de que Dios, el Espíritu, es la única sustancia; y que el hombre, Su imagen y semejanza, es espiritual, no material. Esta gran Verdad no destruye sino que confirma la identidad del hombre – junto con su inmortalidad y preexistencia, o su coexistencia espiritual con su Hacedor.” (47: 21-27)

Habiendo concordado que somos inmortales ahora, y siempre lo hemos sido, ¿es el término “coexistencia”, el más correcto para utilizar? Más bien que sugiriendo acerca de un pasado, un presente y un futuro, ‘coexistencia’ nos trae a luz la ininterrumpida inmortalidad del eterno ahora.

Habiendo acordado que somos inmortales ahora y siempre lo hemos sido, contemplemos el hecho de que siempre seremos inmortales. Aquí es donde la mayoría de las religiones Cristianas están de acuerdo, es decir, que nuestro futuro incluye la inmortalidad. Pero ellos difieren de la Ciencia

Cristiana en lo siguiente: afirman que debemos morir para poder hallar inmortalidad; en tanto que nosotros entendemos que debemos continuar viviendo para seguir demostrando inmortalidad.

Partiendo de que la Vida es Dios y que Dios es la única Vida, esa Vida, es nuestra Vida; esa Vida no sabe de ninguna muerte – ni aún de una fase llamada ‘fallecimiento’. Cristo Jesús enseñó, predicó y vivió la verdad de que la Vida es eterna, y de que no hay muerte. Es en el episodio de Lázaro donde oímos la gloriosa promesa: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?” (Juan 11: 25-26)

La resurrección de Jesús de la muerte y su ascensión, fueron pruebas abrumadoras de que el hombre es eterno. Una y otra vez en sus escritos, nuestra Guía nos muestra la irrealidad, la completa inexistencia del proceso muerte. Incontables son las ocasiones en que ella declara: “No hay muerte”.

Ciertamente queda claro que no debemos temer a la muerte como a un enemigo, ni tampoco darle la bienvenida como a un amigo – sino solo observarla como una absoluta nada, y por lo tanto, completamente inexistente.

Qué hermoso es saber que nuestro entendimiento espiritual, nuestra salud, nuestra inmortalidad, no es ayudado por un amigo llamado ‘muerte’, y, por tanto, no hay ningún falso amigo a quien dar la bienvenida. Nuestra salud, entendimiento espiritual e inmortalidad son de Dios, y por siempre continuarán manando de su fuente inagotable.

¿Cómo hemos estado viendo a la muerte: como a un amigo, como a un enemigo, o como a una absoluta nada? En febrero de 1952 apareció un artículo en la revista Selecciones, y se trata del resumen del libro “La Voluntad de Vivir” del Dr. Arnold A. Hutschenecker. Mucho de lo que este caballero sustentó fue aproximadamente científico en su evaluación. Yo quedé muy impresionada acerca de lo que este iluminado médico tenía que decir, apuntalando absolutamente el hecho de que ninguna persona moría, a menos que así lo hubiera planeado.

Bien, ¿qué es lo que estamos planeando? ¿Estamos planeando sobre vida, o haciendo planes sobre la muerte? Tengamos cuidado; algunas veces el planear puede llegar a ser muy sutil. Podemos bizarramente exclamar: ‘Yo nunca voy a morir’. Pero, ¿compramos ya el lote en el panteón? ¿Hemos hecho testamento? ¿Contamos con seguro de vida? ¿Tenemos la casa en orden de modo que si morimos de pronto, otros no tengan problemas con el estado en que la encuentren? El citado Dr. Hutschenecker hace esta trascendente observación: “¡Cuán a menudo hallamos que una víctima de un repentino e inesperado ataque al corazón había estado consultando a su abogado acerca de su testamento o recientemente había contratado seguro de vida!”

No tiene mucho que me descubrí a mí misma diciéndome: “Creo que nunca más veré una guerra;” más pronto me dije: “Espera un momento, ¿qué es lo que estás pensando, que no vivirás para ver otra guerra, o que tan solo no habrá más guerras”? Como me encuentro planeando sobre la vida, no podría posiblemente admitir que debía morir antes de que otra guerra ocurriera en un universo material.

No tuve mas que regocijarme de que no podría existir ninguna guerra en el dominio de la divina conciencia, con la cual coexisto eternamente.

Conozco un caso en el que a pesar de la ayuda dada por devoto, sincero y consagrado Practicista, el individuo falleció. Cuando los amigos concurren al servicio funerario, la familia orgullosamente desplegó una carta que la paciente había escrito muchos meses antes de fallecer. En verdad la carta había sido bellamente escrita y en ella se expresaban tiernos sentimientos, pero esta paciente había planeado seguramente sobre su muerte, y hasta había escrito una carta con tal finalidad. Todos pensaron que era una hermosa carta; yo no pensé eso. Consideré que la paciente podría haber hecho un mejor uso de su tiempo cooperando con el Practicista y haciendo planes sobre su vida, en lugar de planear sobre su muerte.

En ocasiones escuchamos la pregunta: “¿Qué es lo que ocurre con los Practicistas? ¿Por qué fallan tantos Científicos Cristianos?” He aquí tenemos una respuesta: demasiados se encuentran planeando sobre su muerte. Empecemos aquí y ahora mismo a planear sobre la vida y vivamos abundantemente. Dejemos de ahorrar dinero para dejárselo a los hijos. ¿Es eso una forma de planear sobre la vida? Vivamos ahora. Utilicemos nuestros recursos ahora. Sepamos que el mismo Padre celestial provee para nosotros abundantemente y sin limitación, al igual que para todos nuestros pequeños. Y lo hará, tal como lo ha hecho desde ‘antes que el mundo fuese’.

En la página 427: 14-15 de Ciencia y Salud, la Sra. Eddy dice: “La muerte no es sino otra fase del sueño de que la existencia pueda ser material”. Por lo tanto, la muerte es nada. Es ilusión. Es sólo parte de la fábula de Adán y Eva y su historia de que el hombre pueda haber nacido en la materia, vivir en la materia y morir en la materia. Pero una fábula... es sólo eso: una fábula. Nosotros podemos relegar todas las fases de la vida en la materia al reino de la pura ficción. *Pero en el reino de la ficción, la muerte es nada, ninguna cosa.* Aún aquellos que piensan que han fallecido en el sueño de Adán acerca de la existencia material, serán los primeros en decirnos que realmente nada ha pasado.

Para mí resultó un privilegio participar en un panel de discusión en la Universidad de Indiana, durante la Semana de la Religión en la Vida, hace ya un par de años. Varias religiones diferentes estaban representadas en mi panel, incluyendo a un rabino judío así como a un ministro metodista. En determinado momento yo afirmé que en verdad

Dios estaba empeñado en que fuéramos felices. El rabino objetó esto seriamente, pues sentía que a veces éramos muy infelices; más aún, plenos de tanto pesar. Además, sentía que la voluntad de Dios era que estuviéramos así.

Nos dio como ejemplo la posibilidad de que un hombre muriera en el momento en que estaba edificando un magnífico edificio. Afirmó su punto de vista de que era lamentable que el hombre no hubiera podido llevar a cabo aquello que había comenzado. Y nos preguntó: “¿no deberían los allegados, amigos y familiares estar muy tristes por él?” Ni siquiera tuve oportunidad de responderle, pues el ministro metodista dijo rápidamente estas palabras: “Yo no concuerdo con usted. Si bien no puedo probarlo, siento que aquel hombre continuará edificando”. En ese momento sonó la campana y no hubo más oportunidad para discutir.

Yo estuve realmente muy agradecida que la discusión finalizara con aquella nota. Ahí había un ministro del Evangelio deseoso de señalar la imposibilidad de que la nada de la muerte se extendiera a impedir que un individuo pudiera llevar adelante la tarea que tenía entre manos.

La Sra. Eddy señala que la muerte no introduce ningún cambio radical en la experiencia del hombre, y que éste sigue adelante con su obra. Cuando habla del fallecimiento de Joseph Armstrong en *La Primera Iglesia de Cristo, Científico y Miscelánea*, dice: “El finado y lamentado hermano Científico Cristiano y editor de mis libros, Joseph Armstrong, C.S.D., no está muerto ni tampoco duerme, ni descansa de sus tareas en la Ciencia divina; y sus obras le seguirán. El mal no tiene poder para herir, para rendir o para destruir al hombre real espiritual. Él es más sabio, más saludable y feliz que ayer. El sueño mortal de vida, sustancia o mente en la materia, ha sido reducido; y la recompensa del bien y el castigo del mal, y el despertar de su sueño-Adán del mal, ternimarán en la armonía... el mal impotente y Dios, el bien, omnipotente e infinito.” (296: 10-20)

En los archivos de La Iglesia Madre hay una carta conocida como ‘la carta de Riley’. Es una respuesta dirigida a una familia de nombre Riley que había perdido a un hijo. En ella, la familia declara que habían percibido como realidad, que no hay sino una única Vida, que esa Vida no tiene comienzo ni tampoco final; pero ¿qué parecía ocurrirle a un individuo cuando muere? Al compartir el contenido de la respuesta de la Sra. Eddy, no la estoy citando exactamente, pero sé que lo siguiente es del todo correcto, casi palabra por palabra como aparece en la carta: ‘Suponed dos personas sentadas y charlando juntas. Un arquero llega a la ventana y dispara una flecha que atraviesa a uno de ellos. De acuerdo con el otro, el individuo se tira hacia atrás en su silla, muerto, y hay, por tanto, un cuerpo del cual tomar disposiciones. Pero esto no es de ninguna manera el concepto de aquél que fue blanco de la flecha; él seguirá adelante tratando de hablar con su amigo. Cuando observa que no puede más hacerlo, se lleva consigo su concepto humano de sí mismo, y va en busca de aquellos con quienes sí puede comunicarse. Si pudiera volverse y

mirar atrás la silla en que estuvo sentado, ésta estaría vacía”. ¿Acaso esta carta no muestra claramente que nada drástico ocurre en la experiencia del sueño llamado ‘muerte’?

Dentro de mi propia Asociación existen varios casos de individuos que habiendo fallecido, han sido ‘revividos’. He escogido tan solo uno de ellos para compartirlo con ustedes, y lo he seleccionado porque presenta muchos puntos de importancia que podemos extraer, corroborando todos los demás, este ejemplo.

Una joven mujer había perdido a su mamá muchos años antes. En la primavera pasada también había perdido un bebé. Ahora era otoño y según todas las apariencias para quienes estaban junto a su lecho, ella había fallecido. Y esta fue la experiencia: cuando ella no pudo más hablar con aquellos que la rodeaban, se levantó del lecho, caminó hacia la ventana de su habitación, y allí, en el jardín que había abajo, y luciendo más joven que cuando la vio por última vez, estaba su madre acunando en su pecho al bebé. Deseando más que nada en el mundo bajar hacia su madre y hacia el bebé, esta joven percibió en ese momento que esto es lo que se llama fallecimiento, y acerca de lo cual, había sido instruida por su maestro, muy concretamente, de jamás admitirlo. Se dio cuenta de que si iba hacia sus seres amados en el jardín, estaría consintiendo en ello. A lo lejos volvió a escuchar las palabras del Sr. Dunn: “NUNCA LO CONSIENTAN; ¡NUNCA!” Posteriormente comentó que la cosa más difícil que tuvo que hacer en su vida, fue volverse y caminar de nuevo hacia su cama. Pero fue obediente a lo que había sido enseñada y regresó a su lecho, y fue solo entonces que aquellos que oraban, pudieron revivirla.

Hagamos algunas observaciones a este ejemplo, y a los escritos de la Sra. Eddy, pero al hacerlas, aclaro que mi deseo es enfatizar que la muerte es: ¡nada! Nada ocurre realmente en esta fase de la fábula de Adán y Eva llamada ‘muerte’, y por tanto, no podemos estar temerosos de ella.

PRIMERO: ¿Quién obtuvo realmente la victoria sobre la muerte en este segundo ejemplo? Por supuesto que aquellos que estaban haciendo su trabajo a un lado del lecho de la enferma, son dignos de alabanza, pero ¿no fue la propia paciente, quien estaba deseosa de vivir y se rehusó a consentir la muerte? ¿No fue este hecho lo que hizo posible para quienes oraban, revivirla? Ella no había estado planeando sobre su fallecimiento. No planeaba en darle el consentimiento a la muerte. Si nosotros reclamamos nuestra inmortalidad, nos regocijamos en entenderla así, y nos rehusamos a reconocer la muerte como si fuera algo, y mucho menos a planificar sobre ella y consentirla, ¡no podremos morir!

SEGUNDO: Esto aparecería como si el individuo al fallecer, halla que al no poder hablar más con quienes estaban a su alrededor, buscara con quien hacerlo, y se encontrara con sus seres amados que han partido antes de él. Les daré una referencia a estudiar, y es el poema de la Sra. Eddy: “Encuentro de mi finada madre y mi finado esposo,” (Escr. Misc.

385 a 387) para traer a atención el encuentro de seres amados, pues ella seguramente esperaba que su madre, que se había ido anteriormente, recibiera al Dr. Asa Eddy al fallecer éste.

Ella desarrolla nuevamente este punto en el Libro (75: 26-5): “Hay un momento posible en el que los que viven en la tierra y los llamados muertos pueden comunicarse, y es el momento que precede a la transición – el momento en que se está rompiendo el eslabón entre sus creencias opuestas. En el vestíbulo por el que pasamos de un sueño a otro, o cuando nos despertamos del sueño de la tierra a las grandes verdades de la Vida, los que se están yendo tal vez oigan la bienvenida gozosa de los que se han ido antes. Los que se están yendo pueden que susurren esa visión, nombren la faz que les sonríe y la mano que los llama, así como alguien ante el Niágara, con ojos abiertos únicamente a esa maravilla, olvida todo lo demás y expresa en voz alta su embeleso”.

TERCERO: El hombre se despierta con el mismo concepto mortal (cuerpo) que tenía cuando falleció. Nuestra Guía desarrolla este punto cuando utiliza el popular proverbio: “Tal como cae el árbol, así tiene que quedar’. Tal como el hombre se duerme, así despertará. Tal como la muerte encuentre al hombre mortal, así será éste después de la muerte, hasta que la probación y el desarrollo efectúen el cambio necesario.” (C & S 291: 21-27)

Que el hombre tiene todavía un concepto de cuerpo físico luego de su muerte y que éste sea el mismo que poseía antes, es por cierto una contradicción a la antigua y ortodoxa creencia de que el hombre se convierte en espiritual en el instante en que fallece.

Tengan presente que en ambos ejemplos mencionados, el que fallecía llevaba consigo su concepto mortal de cuerpo. Recordemos cuán explícita es la Sra. Eddy en su carta en que si el que fallecía se volvía y miraba la silla en la que había estado sentado, la encontraría vacía. Ella sostiene dicha conclusión con la declaración: “Los mortales despiertan del sueño de la muerte con cuerpos invisibles para quienes creen que entierran al cuerpo.” (C & S 429: 17-19) Observen que no dice: ‘que entierran al cuerpo’, sino que ‘creen que entierran al cuerpo’. Más adelante, hablando del cuerpo después de la muerte, dice: “...la mente humana aún mantiene en creencia un cuerpo, por medio del cual actúa, y que a la mente humana le parece que vive – un cuerpo igual al que tenía antes de la muerte. Se despoja uno de ese cuerpo sólo a medida que la mente mortal y errada se somete a Dios, la Mente inmortal, y aparece el hombre a Su imagen.” (C & S 187: 30-2)

Ciertamente este punto de que en el sueño del fallecimiento el hombre lleva consigo su concepto humano de cuerpo, enfatiza la absoluta nada de la muerte. ¿No deberíamos nosotros estar eliminando el sentido mortal de cuerpo ahora, por medio de regocijarnos en nuestra inmortalidad y en nuestra espiritualidad?

CUARTO: Aquellos que han fallecido, despiertan para saber que no hay ninguna muerte. En el Libro de Texto leemos: (427: 33-2) “El

pensamiento despertará de su propia afirmación material: 'Estoy muerto', para percibir esta palabra de la Verdad resonando cual toque de clarín: 'No hay muerte, no hay inacción, ni acción enfermiza, ni acción excesiva, ni reacción.' ¿Acaso este hecho de que la mente mortal lleva consigo su concepto de cuerpo mortal, no facilita el darse cuenta que no se está muerto? En Escritos Misceláneos (58: 5-7) la Sra. Eddy establece: "El despertar del sueño de la muerte le comprueba al que creyó que había muerto, que fue un sueño y que no murió..."

QUINTO: Esta última cita continúa e incluye otro hecho, a saber, que una curación puede llegar rápidamente luego de fallecer. La cita completa está dada como respuesta a la pregunta que aparece en el mismo libro (58:1): "Si alguien ha muerto de tuberculosis y ya no recuerda nada acerca de esa enfermedad o sueño, ¿tiene aún esa enfermedad algún poder sobre él?" No, y esto incluye el pensamiento de que cuando él establece que no murió, "entonces comprende que la tuberculosis no le produjo la muerte. Cuando se destruye la creencia en el poder de la enfermedad, la enfermedad no puede reaparecer." (Esc. Misc. 58: 7-10)

¿No es razonable creer que el hombre, habiendo perdido su temor a la muerte y su creencia en la muerte, esto no pueda sino ayudarlo a ver la absoluta nada de aquello que supuestamente la ha causado? Sin ningún temor o creencia en muerte o enfermedad, ¿no experimentaría naturalmente el hombre, la curación?

SEXTO: ¿Hacia dónde se han ido aquellos seres amados? Ellos no han tenido que ir a ningún lado. ¿Dónde habría lugar alguno para que vayan ellos? ¿Acaso no vivimos todos nosotros, nos movemos y tenemos nuestro ser en la Mente única? ¿Dónde podría uno estar, excepto en el dominio de la Mente divina? Es tan solo nuestro falso concepto humano que nos dice que un ser querido es capaz de salir de nuestra vista, que existen estados, etapas y planos de existencia, que parecieran separarlos de nosotros.

Acerca del fallecimiento de Edward A. Kimball, la Sra. Eddy dijo: "Mi querido Edward A. Kimball, cuyo claro y correcto modo de enseñanza de la Ciencia Cristiana ha sido y es, una inspiración en todo este movimiento, se encuentra aquí y ahora, tan verdaderamente como cuando me visitó hace un año. Si despertáramos a este reconocimiento, lo veríamos aquí y comprenderíamos el hecho de que él nunca murió, y así demostraríamos la verdad fundamental de la Ciencia Cristiana." (My. 297: 18-24)

Comencemos ahora a regocijarnos en el hecho de que no tenemos una concepción errónea cualquiera acerca de la vida que jamás finaliza. No tenemos ni siquiera la creencia de que el hombre es capaz de fallecer o de ir a ningún lado. Ni siquiera reconocemos la muerte como sueño o ilusión, porque sabemos que el concepto 'muerte' es completamente inexistente, y estemos despiertos al reconocimiento de todos los hijos de Dios en una única Mente inmortal, por siempre perfecta. Por tanto, no

experimentemos quebrantos de corazón debido a alguna ‘separación’, porque no hay ninguna separación.

SÉPTIMO: Una de las creencias que son eliminadas luego de despertar a la irrealidad de la llamada muerte, es la creencia en la edad. ¿No es razonable que cuando uno está convencido que no hay ningún nacimiento y ninguna muerte, no podemos menos que demostrar que no tenemos edad?

OCTAVO: El despertar a la irrealidad de la muerte sería algo tan inspirativo, que nos revelaría la inmortalidad, y ciertamente uno experimentaría un rápido desarrollo espiritual.

En ‘La Unidad del Bien’ (2: 23-30) la Sra. Eddy sustenta este pensamiento con esta declaración: “Según esta misma regla, en la Ciencia divina, los moribundos – si mueren en el Señor – despiertan de un sentido de muerte a un sentido de Vida en Cristo, con un conocimiento de Verdad y Amor superior a aquel que poseían antes, porque su vida ya se ha elevado tanto hacia el estado del hombre perfecto en Cristo Jesús, que están preparados para una transfiguración espiritual mediante sus afectos y su entendimiento”. Ustedes recordarán lo que ella dijo de Joseph Armstrong, que él es hoy más sabio, más saludable y feliz que ayer, y que el sueño mortal de la vida había sido disminuido.

Yo he recibido mucha inspiración sobre el tema de la inmortalidad de una Editorial de John Eandall Dunn titulada “El Canto de Primavera de la Ciencia Cristiana”. En el momento que supe por primera vez que el Sr. Dunn había fallecido, estaba encontrando difícil el mantener mi pensamiento en regocijo en el trabajo metafísico que estaba llevando a cabo para mis pacientes. Había estado trabajando con el Journal de la Ciencia Cristiana y mientras ojeaba la revista me llegó este pensamiento: ‘Me pregunto si hay aquí para mí un mensaje del Sr. Dunn’. Lo abrí en las editoriales y allí estaba este maravilloso mensaje acerca de la inmortalidad. Fue como si él me estuviera hablando. ¡Qué reconfortada, qué regocijo! Envié mi pensamiento hacia lo alto, cuando leí estas palabras: “Ciertamente, el Científico Cristiano a quien nosotros no vemos, ha despertado a un mejor, más feliz y liberado sentido de las cosas.”

Pude ver rápidamente que no tendría que apenarme por su partida cuando continué leyendo: “Muchos hombres y mujeres heridos por la pena, despiertan en la Ciencia para ver cuán inmensamente egoísta es el pesar, pues cuando se encuentran abrazados en uno un sentido de su propia pérdida o angustia, ¿no están en ese momento regocijándose en la libertad y armonía, en el despertar espiritual, en el incuestionable desenvolvimiento en su experiencia del Científico Cristiano que se fue más lejos de su visión? Así que el mensaje del Amanecer de la Ciencia Cristiana para los apenados es: ¡REGOCIJÁOS, PORQUE EL HOMBRE VIVE, ÉL AMA; NO CONOCE SEPRACIÓN ALGUNA!”

¿Tenemos acaso que pasar a través del sueño de la muerte con el fin de ser sanados, para conocer que no hay muerte, para desarrollarnos espiritualmente, o con la finalidad de demostrar que no tenemos edad? ¡No, no,

no! La Ciencia Cristiana nos enseña tan clara e inequívocamente la inmortalidad del hombre, que no tenemos que fallecer, para comprender y demostrar esto. Sabemos ahora quiénes somos, gracias a la Verdad del Cristo. Sabemos qué somos y sabemos qué es lo que verdaderamente está sucediendo. Sabemos más allá de toda sombra de duda que nunca hemos nacido, que somos espirituales y perfectos, y que nunca moriremos. Sabemos que la muerte no puede manifestarse, pues es una imposibilidad debido a su completa inexistencia.

Ahora somos los hijos del Rey, ya perfectos en nuestro ser, en nuestro pensamiento, en nuestra demostración; y no tenemos que morir para hallar esto, para entenderlo o para demostrarlo.

Una de las verdades más poderosas a utilizar cuando estamos estableciendo la irrealidad de la muerte, es la verdad de que Dios, la única Vida divina y eterna, no sabe absolutamente nada acerca de la muerte. Las viejas teorías ortodoxas señalan que Dios sabe mucho acerca de la muerte, y muchos Científicos Cristianos no han sido suficientemente radicales en su repudio a esta vieja teología.

En muchos sermones de los funerales de antaño se oía la afirmación: "Dios nos da; Dios nos quita". ¡Ninguna mentira es mayor que ésta; jamás ha sido establecido que Dios quita a la gente, por medio de la muerte! Un muy bien conocido Científico Cristiano con quien hablaba el año pasado, me dijo: "Cuando llegue mi hora de partir, cuando Dios esté listo para llevarme, (?) yo estaré listo". Esto indicaría que Dios tiene conocimiento de esa cosa llamada 'muerte'. Tan integrado está este criterio con el pensamiento de algunas personas, que no se sienten inclinadas a soltar el conocimiento de la muerte para obtener el verdadero conocimiento de la Vida eterna. Muchos creen aún en el dicho: "Sólo dos cosas tenemos ciertas: la muerte y los impuestos".

Ahora bien, en el mismo momento en que las personas detengan su conocimiento de la muerte y comiencen con el reconocimiento del hecho de que Dios no posee conocimiento sobre ella, en ese mismo momento comenzarán su demostración sobre la muerte.

En la crucifixión de Jesús, los legisladores judíos estaban tratando de probar que él tenía conocimiento del mal, y específicamente de la muerte. A través de su resurrección yo estoy segura que él reconoció que Dios, su Principio Padre-Madre celestial, no conocía nada acerca de la muerte. Él se vio a sí mismo como uno con ese Principio divino, y por lo tanto, de ninguna manera ligado con cualquiera de las experiencias que los demás esperaban. Este hecho fue por supuesto, lo que hizo posible que saliera fuera de la tumba y demostrara su dominio sobre lo que la gente llamaba muerte.

Nunca jamás es la voluntad de Dios que alguien deba morir. En el libro de Ezequiel leemos: "No tengo placer en la muerte del que muere, dice el Señor Dios; por lo tanto, volved vosotros mismos y vivid". Dios no solamente no tiene placer en la muerte de aquel que muere, sino que no tiene conocimiento alguno de la muerte. ¿Cómo podría tenerlo cuando Él es VIDA por siempre? ¿Cómo

podría la luz tener conocimiento de la oscuridad, o el propio bien poseer un conocimiento del mal?

Muy a menudo la gente dice: “Usted no puede decirme que no hay muerte; yo he visto a gente morir. De hecho todos y cada uno tienen que morir en algún momento”. Mucha gente reclama que son expertos conocedores sobre el tema muerte, y a través de este falso conocimiento, por supuesto que están excavando sus propias tumbas.

Encaremos los hechos eternos. Enoc lo hizo; él caminó con Dios; él reconoció el simple hecho de que su Creador no sabía nada de la muerte. Él se asoció a su Creador y fue trasladado, de modo que no necesitó probar el sabor de la muerte. Elías sabía que su Creador tampoco sabía nada acerca de la muerte. Él unificó su pensamiento con el de la única Mente divina que no sabe de ninguna muerte. También él triunfó y así probó que el conocimiento de la vida eterna lo liberó de la creencia en la muerte. Cristo Jesús sabía que Dios no conocía nada de la muerte; él dijo: “Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Cristo Jesús, a quien has enviado.” (Juan 17:3)

Si Jesús hubiera pensado por un solo momento que su Creador conocía algo acerca de la muerte, él, como su reflejo, también habría sabido de ello y no se habría dado la resurrección.

Así como cuando se enfrentó al sepulcro de Lázaro sabía muy bien que Dios no se había llevado a su amigo, así también sabía que Dios nada conocía acerca de lo que los otros habían llamado la muerte de Lázaro. Él sabía que su Creador celestial, su Mente divina era algo tan dinámico en su presencia, poder y gloria, que no podría existir conocimiento de muerte en la conciencia o experiencia de nadie. Por lo tanto dijo a la gente que desataran a Lázaro y lo dejaran ir. A Marta le dijo que virtualmente no había nada allí, sino el conocimiento de la Vida. Como resultado de esto, Lázaro caminó hacia fuera, libre.

Cuando estaba en casa de Jairo, estaban en la otra habitación esperando, aquellos quienes reclamaban un conocimiento acerca de la muerte, y de lo que ésta podía hacer y había hecho. Jesús vio claramente que el eterno Creador nada sabe de la muerte, nada conoce acerca del fin de ninguna cosa. Por lo tanto, él pudo entrar a la habitación y decir: “Talitha cumi” (Hija, a ti te digo: ¡levántate!). Él sabía que allí no había ningún conocimiento de la muerte o de los falsos efectos provenientes de tan falso conocimiento.

Partiendo de que Dios nada conoce acerca de la muerte, ciertamente todos nosotros estamos en el divino entendimiento en el cual Él reina; no hay ninguna otra conciencia. La eterna Mente celestial nada sabe de ninguna probabilidad o de ningún cambio. Algunas veces, los Científicos Cristianos podrían aceptar este pensamiento: “Bueno, por cierto que no hay ninguna muerte, nosotros vivimos para siempre, sólo que Dios nos toma de este estado o etapa de conciencia y nos traslada a otro”. Esto indicaría que Dios sabe algo acerca de lo que la gente llama muerte o fallecimiento. Si vosotros creéis en esto, ¿por qué no estáis demostrando la Vida eterna tal como Enoc, Elías y Jesús la han demostrado?

La eterna Vida no sabe de muerte, de ningún fallecimiento o de ningún cambio. Por lo tanto podemos estar libres del tonto temor de que todos tenemos que morir en algún momento.

Deseo que afirmen en voz algo conmigo ahora mismo: **“Dios, mi eterna Vida, nada sabe acerca de la muerte.”**

Dado que somos Su imagen y semejanza, no tenemos conocimiento alguno de cosa alguna relacionada con la muerte. Dios solo sabe del hermoso desenvolvimiento del bien y de ninguna sugestión de decadencia. Reconozcamos ahora mismo nuestra unicidad con esta eterna Vida que no sabe de ninguna muerte; con esta eterna Verdad que no conoce de ningún error; con esta Mente divina, el bien, que no sabe de ningún mal.

Ahora bien, si ninguno de nosotros fallece, ¿ascenderemos alguna vez? ¡Cuidado! Esta es una pregunta con trampa. Nos asombraría ver cuántos Científicos Cristianos están de acuerdo en que van a ascender en algún momento. A menudo se sienten algo culpables al reclamar tanto para ellos mismo, pero entienden que esto es científico y por consiguiente consentirán que la manera de retirarse de escena, un tanto desconcertados y borrando sus formas por sí mismos, es ascendiendo.

Al respecto encuentran algo de bienestar y acierto, y en algunos casos, algo de gozo, cuando ocultos tras el Himnario de la Ciencia Cristiana entonan: “De la materia al Alma es mi sendero...” (64)

Regresando al texto de nuestra clase de hoy (My. 242) veamos: ¿Cómo podría aquello que ya es inmortal ascender? ¿Hacia dónde ascendería? ¿Cómo podría lo que ya está en el punto de la perfección, no aproximándose a él, sino exactamente en ese punto, ascender? Es solamente en la creencia recóndita de que el hombre es un mortal, en donde podemos hallar alguna posibilidad de ascensión; el mortal eventualmente ascendiendo a la inmortalidad.

Pero esta NO es la forma científica de acercarse al tema. Ya se nos ha dicho que reclamemos nuestra inmortalidad ¡Ahora! ¿Cómo podríamos, entonces, con un suspiro, regocijarnos de que somos inmortales, y al día siguiente ascender fuera de la mortalidad, ingresando a la inmortalidad?

Recordemos: ¡Nosotros jamás hemos dejado el cielo para bajar a la tierra! ¡Jamás hemos sido mortalizados o materializados! ¡Jamás nacimos en la materia!

La Sra. Eddy señala en ‘No y Sí’ (35: 26-31 y 5-9): “Jesús vino anunciando la Verdad, y diciendo no solamente ‘El reino de Dios se ha acercado’, sino ‘El reino de Dios está entre vosotros’. Por consiguiente, no existe el pecado, porque el reino de Dios está en todas partes y es supremo; y, por lo tanto, el reino humano no existe en parte alguna, y debe ser *irreal*”. A continuación agrega algo muy significativo de nuestro Maestro: “El ser consciente y verdadero de Jesús nunca dejó el cielo por la tierra. Moraba por siempre en las alturas aún cuando los

mortales creían que estaba aquí abajo. Una vez habló de sí mismo, (Juan 3:13) como 'el Hijo del hombre, que está en el cielo'..."

También nosotros somos los hijos de Dios, inmortales, perfectos, habitando por siempre en el reino celestial de Dios. De este totalmente único estado de existencia no podemos descender, y aún más, tampoco podemos ascender a él. Estamos allí ahora, reclamándolo, entendiéndolo y regocijándonos de ello.

Durante el transcurso de este último año (1957), estuvo incluida en una de nuestras lecciones, el relato de la transfiguración de Jesús (Mat 17: 1-4). Recordarán que: "Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan... y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él. Entonces Pedro dijo a Jesús: Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí..."

Desde que leí esa lección he estado haciéndome eco de la observación de Pedro: "Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí". Y ¿dónde es que estamos? También nosotros estamos en la cima de aquel monte alto del divino entendimiento. Nosotros también estamos viendo a Jesús, a Moisés y a Elías en la Ciencia del hombre perfecto, que nunca ha nacido; nunca muriendo, para siempre en la semejanza del hijo de Dios. También nosotros podemos oír la voz de Dios diciéndonos como lo hizo a los discípulos en aquella ocasión: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia...". La luz de la verdad nos ha revelado que esta declaración es verdadera no solo para Jesús, sino para Moisés, para Elías, y para todos los hijos de Dios.

De pie en la cima de ese monte alto con Pedro, Jacobo, Juan, Moisés, Elías y Jesús, se torna tan fácil el ver a todos nuestros hermanos como los bienamados e inmortales hijos de Dios, y, por tanto, perfectos... Decidamos entonces aquí y ahora, establecernos literalmente en la cima del monte alto del divino entendimiento y la revelación. Nunca renunciemos a nuestra resolución de vernos junto a nuestros hermanos, nuestro universo, completos, aquí mismo, en compañía del inmortal Moisés, del inmortal Elías y del inmortal Jesús. ¿Acaso así no estaremos contemplando nosotros mismos el universo entero, incluso el hombre, tal como Dios lo contempla, inmortal y, por tanto, perfecto? ¿Acaso no es esto 'la inmortalidad traída a la luz'?

A diario me hago las siguientes preguntas, y ahora respondan ustedes. Contéstenlas tal y como si estuvieran en el estrado de los testigos, y les sea requerido decir solo la verdad: ¿Cuándo viajaron a Rusia? ¿Cuánto tiempo vivieron bajo los reglamentos y disposiciones rusos? ¿Cuántas injusticias y cuántas faltas a la dignidad sufrieron en Rusia? ¿Qué impuestos y cargos adicionales tuvieron que pagar en Rusia? ¿Cuántos días infelices, descorazonados y temerosos vivieron en Rusia? ¿Cuándo es que van a tomar el tren que los llevará fuera de Rusia?

¿Les resulta claro que como ustedes nunca viajaron a Rusia, no pudieron haber tenido ahí ningún sufrimiento, y tampoco salir de un sitio en el cual jamás anteriormente entraron?

Contestemos ahora a otras preguntas con el mismo criterio de aproximación positiva y con la misma certeza científica: ¿Cuándo entraron al reino de la materia, o dicho en otras palabras, cuándo nacieron? ¿Cuánto tiempo vivieron bajo las leyes y reglamentaciones de la materia? ¿Cuán a menudo cometieron pecado en la materia? ¿Cuántas jaquecas sufrieron en la materia? ¿Cuántos días infelices, apesadumbrados y temerosos pasaron en el estado de la materia? ¿Cuándo finalmente van a tomar el tren para que, por decirlo de alguna manera, fallezcan, mueran o salgan de ella? ¿En qué momento tomarán el avión para ascender fuera de la materia?

Ahora, *¿no se hace así más entendible de que en razón de que ninguno de nosotros hemos vivido jamás en la materia, no podemos pecar o sufrir en ella? No podemos preocuparnos, afligirnos o sufrir estados de agitación en la materia. No podemos morir para salir de ella, o fallecer en ella, y tampoco podemos ascender fuera de algo dentro de lo cual nunca descendimos.*

En verdad que amo este pequeño y simple ejercicio, pues con él, se vuelve fácil el ver que no habiendo entrado nunca a Rusia, no podemos haber sido penalizados allí, ni debimos en algún momento salir de ella; de igual modo se hace fácil saber que no habiendo jamás entrado en la materia o mortalidad, no podemos pagar en ella penalidad alguna, y jamás deberemos tener que dejarla.

Ahora, ya que estamos obedeciendo las dos primeras recomendaciones de este encuentro: a) reclamar que somos inmortales, y b) entender que lo somos, se vuelve muy fácil ser obedientes en cuanto a una tercera recomendación, la cual es c) practicar la Ciencia Cristiana desde el PUNTO DE LA PERFECCIÓN.

Cuán científica es la Sra. Eddy acerca de practicar la Ciencia solamente desde el punto de la perfección. Ella establece: “La Ciencia Cristiana es absoluta; no se encuentra detrás del punto de la perfección ni avanzando hacia él; están en este punto y desde él debe ser practicada” (My 242:5-7)

No es de extrañar que en este importante párrafo de instrucción, la Sra. Eddy incluya ambas condiciones: reclamar la inmortalidad, y argumentar desde la perfección. En efecto, las dos ideas van de la mano, y esto se debe a que como el hombre es inmortal, lo es por ser perfecto, y tiene por ello el derecho de reclamarlo, argumentar y testificar solo de su perfección. Por otra parte, a medida que el hombre reclama su perfección y busca vivir aquella vida que lo está aproximando al bien supremo, ¿no está el reconociendo su propio y verdadero ser, y comprendiendo su inmortalidad, compartiendo esta muy señalada declaración de Ciencia y Salud: (336: 28-29) “La Ciencia del ser proporciona la regla de la perfección y saca a luz la inmortalidad”?

Esta tarde vamos a demostrar la regla de la perfección que nos proporciona la Ciencia, y desde aquí, verdaderamente, a experimentar la recompensa de una mayor inspiración e iluminación, a medida que veamos nuestra inmortalidad.

Asumamos que os coloco en el estrado de los testigos, y que os requiero que testifiquen solamente de acuerdo con la absoluta verdad acerca de vosotros mismos. **Vuestro testimonio debe ser exactamente el mismo que el propio Dios tiene de vosotros.** Permitidme recordaros, antes que comencéis a testificar, que *tan sólo estableciendo la verdad absoluta estaréis practicando*

realmente la Ciencia Cristiana. Dejarme también recordaros que estableciendo los hechos científicos acerca de vosotros mismos, estáis siendo obedientes a las órdenes de nuestra Guía. Y por último, os recuerdo que testificando de esta manera, estáis trayendo a la luz, la inmortalidad en vuestra experiencia y en la nuestra.

Las preguntas son las siguientes:

¿Han sentido algunos que son un tanto egoístas, un tanto culpables, así como un tanto hipócritas, al reclamar tal perfección para sí mismos? No retrocedan de su argumento de perfección ni una coma; recuerden que estamos aproximándonos al punto de la perfección, y que no estamos a un lado de él, sino que estamos en ese preciso punto en este preciso momento. La Sra. Eddy en la página 242 de My (8-10), enfatiza que debemos tomar una posición radical para la perfección, al afirmar: “A menos que perciban completamente que son el hijo de Dios, y por lo tanto perfectos, no tendrán Principio que demostrar, y ninguna regla para la demostración”.

Comprendiendo que no estamos siendo deshonestos al testificar así, tampoco somos hipócritas, pues estamos diciendo la verdad acerca del hombre inmortal de Dios, y no aceptamos el desafío de testificar de ninguna otra forma. En relación con la respuesta a las preguntas seguramente ya nos hemos dado cuenta que al responderlas, tenemos que ser absolutos, sin agregar calificativos.

Sin duda alguna que hemos escuchado testimonio como:

“OH sí, yo soy realmente perfecto, *sólo que* no lo parezco.

Por cierto que soy uno de los mejores Científicos Cristianos del universo, *pero* me es imposible demostrarlo siempre.

Sé que realmente soy perfecto, *pero* todavía tengo que probarlo.

Por supuesto que soy el inmortal hijo de Dios y por lo tanto perfecto, *pero* me gustaría sentirme así.

Soy uno de los hombres más honestos del universo, *pero* no todos piensan de esta manera de mí.

Mi familia es perfecta, *pero* vivimos en una vecindad terrible.

Sí, soy perfecto, *pero* algunos de los miembros de mi filial...

Y esto continúa así una y otra vez.

Seguramente ya notaron que cada vez que la palabra ‘*pero*’ se coloca a continuación de una declaración de la verdad, se agrega algo que compromete dicha declaración y que la contradice. Esto es lo que ocurre a nuestra demostración de perfección cada vez que decimos: “Sí, soy el hijo perfecto de Dios, *pero* deseo que fuera visto así”. ¿Acaso con esto no estamos cerrando la puerta sobre la manifestación de la perfección?

En mis esfuerzos de establecer firmemente mi argumentación, única y exclusivamente desde el punto de la perfección, he encontrado una gran ayuda en una editorial de un Journal de febrero de 1947. Al momento en que fue publicado fue tan bien recibido, que solicité una copia extra a Boston, pero no pude obtenerla porque ya se había agotado.

Evidentemente que no había sido yo la única en apreciar la positiva y absoluta aproximación que presentaba esta editorial. El título de ella es:

‘Aceptando la Demostración’, y fue escrito por Margaret Morrison. En dicha editorial se ilustra que **la real demostración es completamente espiritual, del todo mental.** En efecto, el propio testimonio que hemos estado dando aquí esta tarde, es la verdadera demostración.

Cualquier manifestación que pudiera tener lugar en nuestra experiencia humana, como resultado de **esta** demostración de la Verdad, no sería mas que algo agregado. En otras palabras, el regocijarse en el perfecto Dios, el perfecto universo y en el perfecto hombre, **es** la demostración. El hallar en nuestro camino el trabajo que deseamos, el problema físico sanado, el hogar anhelado, la provisión manifestada, no son sino cosas obtenidas por añadidura.

A mí me encanta el modo que tiene ella de enfatizar que si nosotros testificamos consistentemente como si lo estuviéramos viendo, aquello que es actualmente verdadero, dejamos totalmente abierta la puerta para que lleguen las cosas añadidas.

Mas si a nuestra declaración de la Verdad le incluimos la palabra ‘pero’, le estaremos sumando un pensamiento negativo, cerrando con ello la puerta a las cosas añadidas. Claro que las cosas añadidas son placenteras a nuestra experiencia, así que ¿por qué no dejar la puerta abierta a todo lo ancho, de modo que éstas puedan fluir dentro de nuestro diario vivir en abundancia, por medio de testificar firmemente sólo de la Verdad, sin ningún otro compromiso relativo a ‘si’ o ‘pero’ u otras condiciones?

Otra de las formas de convertirnos en ‘cerradores de puertas’ para las cosas añadidas, es observar, para tener evidencia de la material. Aquel quien testifica que Dios es la salud de su semblante, a quien eleva su rostro sin mancha, que es el perfecto reflejo del perfecto Dios, y luego se vuelve al espejo para ver si la Verdad ya le ha sanado de su mácula, por cierto que no está ni siquiera prestando media atención al Espíritu; mejor dicho, está mentalizado doblemente; está tratando de utilizar al Espíritu para sanar materia, y mirando materia para ver si ha sido curado.

Aquel que está argumentando consistentemente desde el PUNTO DE LA PERFECCIÓN, reclamará todas esas verdades maravillosas, gloriosas y espirituales acerca de sí mismo, y entonces encarará la realidad de sí mismo, y verá que ellas son actualmente la Verdad ahora, y que es ahora que él eleva su rostro sin mancha; ahora que él es la perfecta, pura y sagrada imagen y semejanza de Dios.

No hay lugar alguno al cual pueda volverse para encontrar cuál es su condición. No existe materia alguna en la cual pueda haber una manifestación. No hay mente mortal alguna capaz de reportar una condición. No hay sentido material alguno capaz de testificar acerca de la apariencia del hombre. Regocijémonos entonces aquí y ahora, no aproximándonos a la perfección, sino exactamente en EL PUNTO DE LA PERFECCIÓN.

Un hermoso ejemplo de alguien que reclamó su perfección y mantuvo su vista sobre la evidencia espiritual, fue dado como testimonio en el Sentinel hace

unos cuantos años. Una mujer estaba en un accidente de automóvil; el auto que ella estaba conduciendo fue golpeado con tanta fuerza, que salió despedida hacia el pavimento, y aún después de eso, un camión pasó sobre ella. Cuando fue recogida, se dijo que jamás volvería a caminar otra vez. Pero ella caminó a la semana. El hecho de que ella caminara de nuevo tan pronto, ¿fue la demostración? ¡De ninguna manera! El caminar fue solo el hecho añadido. La demostración se halla en la declaración que ella hizo: “La curación No reside en cambiar alguna ‘cosa’; la curación está simplemente en encarar la realidad”.

Así que en vez de aceptar un cuerpo físico roto, *tratando* de usar la Ciencia para curarlo y luego observar los resultados en dicho cuerpo físico, ella argumentó, reclamó y se regocijó consistentemente por la Verdad, argumentando solamente desde el bando de la perfección, nunca aceptando la creencia de accidente o de cuerpo destrozado. Allí no hubo sitio alguno para ‘sí’ o ‘pero’; más aún, ella mantuvo su vista en la evidencia que Dios le daba, de que ella era en ese instante, Su perfecta imagen y semejanza. En razón de que la puerta fue mantenida tan totalmente abierta, por el consistente argumento de observar exclusivamente el punto de la perfección, ¿cómo podría nuestra amiga hacer otra cosa, sino caminar?

Una jovencita de una ciudad en el este de Estados Unidos, me escribió solicitando ayuda por trabajo. Nada parecía estar bien en su posición actual. El lugar de trabajo era sucio y caluroso en extremo; los compañeros de mal temperamento y faltos de consideración; los horarios largos y la paga magra; la empresa ubicada en una sección de la ciudad que ella temía atravesar; y el patrón grosero en maneras y lenguaje.

En mi carta de respuesta invertí todo error y manifesté la Verdad espiritual acerca de sí misma. Señalé que Dios era el único empleador, y pedí que se regocijara conmigo en Su perfección, majestad y dignidad, proceder correcto y justicia. Dado que vivía, se movía y tenía su ser en Dios, era imposible para ella alguna vez hallarse en un sitio desprovisto de amor o peligroso. Habitando en la atmósfera del Alma, su entorno no podría ser caluroso o inhóspito, sino por siempre bello y armonioso. Más aún, ella no estaba trabajando junto a mortales difíciles, sino junto con los cooperativos, dignos de amor e inmortales hijos de Dios. También le contesté que Dios recompensa a Sus hijos infinitamente, en irrestricta medida, por el trabajo que hacemos para Él.

Cuando me escribió de nuevo, fue para decirme que nada había mejorado y que su trabajo era terrible desde todo punto de vista. La correspondencia entre nosotras iba y venía. Mis cartas se mantenían testificando desde el punto de la perfección, mientras que las de ella testificaban el concepto de los no confiables y mentirosos reportes del sentido material.

Finalmente me escribió diciendo que deseaba ‘pudiéramos hacer nuestra demostración’. Yo repliqué diciendo que yo ya había hecho mi demostración; yo sabía quién era ella, dónde trabajaba, quién era su patrón, con quiénes trabajaba, cuál era su recompensa, etc. También le solicité me escribiera una carta del tipo de las que le había estado enviando, en la cual mantuviera su mirada en la Verdad espiritual acerca de sí misma, diciendo sólo aquello de lo cual Dios testifica. Cuando su carta llegó, no era del tipo que yo había solicitado. Decía

que el trabajo había llegado a ser tan terrible, que había tenido que dejarlo. Agregaba que en ese momento No podría escribir la carta que yo requería con cosas tan tontas como esas, pero que algún día, y sólo porque yo había sido tan amorosa y paciente, la escribiría.

Aproximadamente hace una semana la carta llegó. Era como de trece páginas, extensa, escritas en ambas caras de cada hoja. Me contaba que cuando comenzó a escribir la Verdad acerca de sí misma, las palabras fluían. Estaba conmovida ante los resultados. Verdaderamente la carta era hermosa y completamente precisa en expresar el sentido Científico. Ciertamente había mantenido su mirada sobre el Espíritu, y había testificado solamente desde el punto de la perfección al componerla. Dos días más tarde recibí otra en la que me anunciaba haber encontrado un trabajo perfecto y hermoso de la manera más inesperada. Todas las cosas en la nueva posición estaban de acuerdo con el testimonio que ella había expresado en lo concerniente a su verdadero empleo.

Ahora bien, ¿fue este nuevo trabajo, la demostración en este caso? ¡Absolutamente que no! Esta fue meramente la cosa añadida que necesariamente sigue cuando uno está demostrando realmente a conciencia la Verdad acerca de la situación. ***La carta, plena de sentido Científico de empleo, plena del testimonio desde EL PUNTO DE LA PERFECCIÓN, fue la demostración real.***

En mi propio testimonio desde el PUNTO DE LA PERFECCIÓN, me gusta ensanchar un poquito la apertura de las puertas que permite el paso a las cosas agregadas, sustentando mis declaraciones de perfección con argumentos tales como: ‘Yo sé esto; yo entiendo esto; yo acepto esto; yo estoy agradecida por esto; yo estoy emocionada por esto; yo estoy satisfecha con esto; **y todos ven y perciben la perfecta demostración de esto**’.

Esta clase de testimonio no deja ninguna oportunidad para los negativos ‘sí’ o ‘pero’ que puedan introducir declaraciones comprometidas. Obtengamos ahora unos pocos testimonios más del estrado de los testigos, para sustentar nuestro argumento desde el PUNTO DE LA PERFECCIÓN, por medio de estos positivos reclamos.

Antes de abandonar este contexto, me encantaría señalarles qué clase de extraordinaria educadora fue nuestra Guía, la Sra. Eddy. En este único y pequeño párrafo, ella nos ha dicho justamente y en forma exacta, cómo practicar la Ciencia Cristiana, cuando nos da la oportunidad de usar la verdad, por haberse presentado un problema que debemos resolver. Al seguir sus direcciones con fidelidad, hallamos esta declaración: “Por esto no quiero significar que los mortales son los hijos de Dios, - lejos de ello...” ¿No es este un desafío? ¿Qué harían ustedes con una declaración como ésta? Quizá se desplomarían hacia atrás sobre la silla diciendo: “OH, bueno, yo tan solo soy un mortal, así que no se aplica a mí, o sí?” Jamás podremos hacer esto, porque la Sra. Eddy ya nos ha dicho que ***debemos reclamar que somos inmortales***. Entonces estarán de acuerdo que somos inmortales, *pero* que probablemente algunos de nuestros vecinos o algunos de los miembros de la iglesia, o tal vez algunos de los

individuos del trabajo son mortales... ciertamente esto no es así, pues de lo contrario, no estaríamos argumentando desde el PUNTO DE LA PERFECCIÓN.

¿Puede haber en nuestro universo alguna imperfección, alguna vez? Qué maravilloso es que podamos llegar tan rápidamente a la conclusión de que **por ser Dios el único Creador, no hay ninguna cosa mortal**. Por cierto que concordamos que la Sra. Eddy no quiso decir que un mortal y material relato mentiroso acerca del hombre, lo convierte en el hijo de Dios, pero ¡qué agradecidos estamos al saber y entender que tal mentiroso relato acerca del hombre material, ni siquiera puede llegar a existir alguna vez, porque no hay nada mortal que lo relate!

Sabemos que esta es la conclusión a la que la Sra. Eddy nos habría hecho llegar, pues su declaración final en el párrafo dice: “En la práctica de la Ciencia Cristiana, debéis establecer su Principio correctamente, o perderéis por omisión vuestra habilidad para demostrarla”. Ciertamente, ¡ninguna premisa habrá sido alguna vez correcta, si ha sido incluida en ella, la mínima creencia de mortalidad!

Recuerden que cuando contrasté mi propia experiencia humana con la del hindú, el Sr. Dunn me señaló que ambas experiencias no eran mas que sueños. A menudo escuchamos de la mortalidad, como un sueño. Muchos Científicos Cristianos concuerdan rápidamente que ellos son en verdad los inmortales hijos de Dios ahora mismo, *pero*, - y aquí aparece aquel negativo ‘pero’ de nuevo, - que ciertamente están teniendo un sueño de vida en la materia. Concuerdan que algún día despertarán a la nada, a la irrealidad de ese sueño, y se regocijarán con la verdadera espiritualidad y la verdadera inmortalidad. Y la mayoría de ellos planean su despertar para después de ‘su fallecimiento’.

¿No es algo ridículo continuar soñando? ¿No es una tontería el posponer el despertar del sueño? ¿Lo haríamos sabiendo que el posponerlo incluye el fallecimiento? Yo sé que todos aman, tal como yo, el hermoso Himno 412 de la Ciencia Cristiana que expresa: “OH soñador, despierta de tus sueños; levántate, cautivo, libre ya. Que el Cristo rasga del error el velo, y de prisión los lazos romperá”.

La promesa de curación y liberación es inspirativa, pero en adición a la hermosura e inspiración de este amoroso himno, hay incluida una orden para todos y cada uno de nosotros: *¡Abandona tus sueños por un gozoso despertar!* Esto no nos sugiere que pospongamos el abandono de los sueños y nuestro despertar; nos está señalando que el Cristo está aquí y ahora, rompiendo los sueños del error aquí y ahora, y liberándonos de los lazos de prisión aquí y ahora.

Hace poco tuve una experiencia que me demostró la importancia de abandonar un sueño inmediatamente. Estaba soñando que estaba en la segunda planta de un edificio de dos pisos, y al mirar fuera de la ventana vi un pequeño niño jugando trepado en lo alto de un árbol. En el momento en que lo observaba la rama se rompió. La rama no se desprendió por completo, sino que aún permanecía, desgajada, agarrada al árbol. El pequeño se aferraba

desesperadamente a ella, balanceándose adelante y hacia atrás. Corría a la ventana, la abrí y a través de ella le grité: “¡No temas; tú no te puedes caer; estás en los brazos del Amor divino; Dios te ama; Él te sostiene; Él te protege; no caerás!”

No bien había terminado de decir estas tranquilizadoras verdades, la rama se desgajó completamente, arrastrando al niño con ella al caer al suelo. Corrí escaleras abajo y luego afuera para ver qué podía hacer que fuera de ayuda, y me sentía seriamente perturbada al ver la condición del pequeño que yacía tendido en tierra. En ese momento desperté del sueño.

¡Cuán llena de agradecimiento estaba de que esa experiencia no fuera verdadera! Agradecí a Dios que tan sólo había sido un sueño. Y luego me di vuelta en la cama para volver a dormir. Pero no pude hacerlo; seguía viendo la escena del niño cayendo de aquel árbol. Deseé que él no hubiera trepado tan alto, y sentía mucho pesar por las heridas que había sufrido como resultado de la caída. Finalmente me hallé preguntándome por qué la Ciencia Cristiana había fallado al salvarlo de la caída. Fue entonces cuando comprendí cabalmente lo que estaba haciendo. Yo no había abandonado el sueño. Lo había reconocido como sueño, pero no había sido suficiente; *lo que necesitaba era verdaderamente dejarlo del todo*. Aquí me encontraba preocupándome de algo que jamás había sucedido. Me había sentido mal por una rama que nunca se había roto; por un pequeño que jamás estuvo en lo alto de un árbol y mucho menos podría haber caído de él; perturbada por una caída que jamás había tenido lugar.

¿No era realmente ridículo que hubiera seguido viviendo en ese sueño, aún después que había despertado y reconocido que eso era nada más que un sueño? Pero por supuesto que en la cúspide de la tontería, me encontraba preguntando el por qué la Verdad no había obrado en una situación que jamás había existido. No, no fue suficiente ver la experiencia como lo que parecía ser, - un simple sueño, - sino que necesité ir más allá en el pensamiento, y 1) verlo como nada, absolutamente inexistente, y 2) luego abandonarlo como tal. Así que entonces me regocijé de que nunca hubiera existido un sueño, pues no había ninguna mente mortal que lo pudiera soñar, y... me dormí.

A la mañana siguiente no pude menos que extraer algunas conclusiones de esta experiencia. Muy temprano en el estudio de la Ciencia Cristiana, aprendemos a reconocer los problemas como irreales. Los podemos llamar: pérdidas, enfermedad, muerte, accidente, y toda clase de error; ilusión, sueño o mesmerismo. Pero, ¿tratamos realmente al problema como sueño o ilusión? ¿No seguimos a menudo pensando sobre él, preguntándonos qué es lo que lo está causando? ¿Especulamos acerca de qué piensan otros acerca de él? En ocasiones, ¿no somos culpables también de preguntarnos ‘por qué es que la Ciencia Cristiana no ha funcionado’?

En el trato de problemas físicos, la Sra. Eddy nos ha enseñado a abandonar el sueño y sacar el pensamiento del cuerpo para tornar nuestra completa atención hacia la Verdad y el Amor. Recordarán la experiencia de la mujer involucrada en el accidente de automóvil y que inclusive fue arrollada por un

camión. Bien, ***ella abandonó su sueño para encarar la realidad. Aquel que niega el error y mantiene su mirada en el testimonio de Dios, ¿no está argumentando sólo desde el PUNTO DE LA PERFECCIÓN, abandonando exitosamente tales sueños, y encarando la realidad?***

Una de las verdades más significativas y poderosas que nos capacita para abandonar los sueños y despertar a la realidad, es la sencilla verdad de que: ***no hay mente mortal alguna capaz de soñar un sueño.*** De cualquier modo, ¿qué podríamos decir del origen del sueño? Que es producto de la mente mortal, pero, ¿qué cosa es la mente mortal? Dado que Dios es la **única** Mente, ¿puede acaso haber otra mente? Una y otra vez somos enseñados que Dios es la única Mente, y la declaración más comúnmente usada para estos efectos es la que viene en la Declaración Científica del Ser: “Todo es Mente infinita, y su manifestación infinita, porque Dios es Todo en todo”. Una y otra vez somos instruidos que el ser Dios, es la Mente única; no puede haber otra mente, y, por tanto, ninguna mente mortal.

Mi declaración favorita acerca de la no-existencia de la mente mortal, es la siguiente: (C & S 399: 25-27) “Hablando científicamente, no hay mente mortal de la cual producir creencias materiales, que nacen de la ilusión”. Por tanto, nuestra conclusión lógica debe ser que si no hay una mente mortal para soñar, no pueden existir sueños materiales. ¿Qué es entonces lo que debemos hacer acerca del sueño de la mortalidad? No hay más verdad en nuestro ser como mortal, de la que hay en el pequeño niño trepado en el árbol. No hay más verdad en nuestras sufridas penalidades en la mortalidad, que las que había en el niño cayendo del árbol. No hay más verdad en nuestras fallas de obtener resultados por la aplicación de la Ciencia Cristiana, que en el fracaso de la Verdad de preservar al niño de la caída del árbol.

¿Estamos ahora de acuerdo en designar a la mortalidad como un sueño y continuar viviéndolo? ¡Por supuesto que NO! ***Dejemos ese sueño por un gozoso despertar aquí y ahora.*** Más aún, es fácil abandonarlo, porque sabemos que tal sueño de mortalidad no existe, pues ***no hay ningún mortal para soñarlo.***

Nuestro regocijado despertar ha sido la gloriosa experiencia de la inmortalidad traída a luz en nuestra conciencia. ¡Vamos a encarar la realidad de la inmortalidad; vamos a regocijarnos con ella; vamos a vivirla!

Ahora bien, algunos dicen que realmente somos inmortales, *pero* que el hombre está mesmerizado o hipnotizado en la creencia de que ha nacido en la materia, que vive una existencia material, y que morirá o ascenderá fuera de esa materia. Pero, ¿cómo es posible que haya mesmerismo o hipnotismo cuando no hay mente mortal alguna para mesmerizar o para ser hipnotizada? En el Manual se nos dice que debemos defendernos diariamente contra toda sugestión mental agresiva. ¿Qué sugestión más agresiva puede haber que la de creer en una vida separada de Dios? ¿Qué cosa debiera ser más negada que el error de una historia material? Tal y como hemos explicado, si el ángel del Apocalipsis tuviera que estar parado apoyado en un solo pie, hubiera hecho mejor

apoyándose en el pie que mantiene subyugada la sutil creencia que el hombre alguna vez ha experimentado un nacimiento material.

Un medio seguro y certero de destruir cualquier creencia mesmérica es el conocimiento, el entendimiento de que no hay, sino una sólo Mente única, Dios, y que esa Mente infinita es nuestra Mente, la mía, la de ustedes, la Mente de todo el universo. ¿Dónde entonces hay una mente mortal para mesmerizar? La Sra. Eddy establece claramente en todos sus escritos, que la segura destrucción de la sugestión hipnótica, viene con la aplicación de la Verdad de que Dios es la única Mente, y que no hay ninguna otra.

Cuando la Sra. Eddy entendió que era tiempo de establecer Segunda Iglesia de Cristo, Científico, en Nueva York, le pidió a su buena colaborador Laura Lathrop, que se encargara de ello. Como había la creencia de que no debía haber una Segunda Iglesia en Nueva York, algunos de los amigos de Laura estaban temerosos de que si llevaba a cabo esta tarea, podría ser víctima de la mala práctica.

La Sra. Eddy le dio a Laura esta oración para que se protegiera a sí misma de la sugestión mental agresiva: *“No hay ninguna otra mente que me tienta, me hiera o me controle. Yo entiendo esto espiritualmente, y elijo ser la dueña de la oportunidad”*. ¿No es esto poderoso? Notemos cómo la Sra. Eddy sustenta la verdad de que no hay otra mente con la que tratar. *“Yo entiendo esto ESPIRITUALMENTE”*. Ella no afirma que va a intentar entender esto, o algún día lo entenderá; ella reclama ese entendimiento ¡Ahora!

Yo utilizo esta pequeña oración bastante a menudo, pero me agrada comenzarla con: *“Me regocijo de que Dios es la única Mente. Esa Mente es mi Mente y la Mente de mis hermanos. No hay ninguna otra mente que me tienta, me hiera o me controle. Yo entiendo esto espiritualmente, y elijo ser la dueña de la oportunidad”*.

¿No es esta una perfecta defensa contra la sugestión agresiva? Esto aniquila completamente la posibilidad de tal cosa, pues estamos reconociendo la totalidad de la Mente única, Dios, así como la absoluta inexistencia de cualquiera otra mente. Y esto no sólo elimina a la mente mortal como poder, sino también como presencia.

¿Acaso no es maravilloso saber que somos los amos de la situación? Por entender espiritualmente que Dios es nuestra Mente y que no existe ninguna otra, No estamos mesmerizados cayendo en la creencia de que somos mortales. Estamos así, del todo despiertos y alertas a la verdad del ser. Sabemos quiénes somos, qué somos, dónde estamos, y qué está ocurriendo. Por ello, ¡regocijémonos a menudo durante cada día de que no somos mortales mesmerizados, sino inmortales, del todo despiertos!

Ninguno de nosotros está tentado a creer que es Napoleón. Sabemos quiénes somos. Ninguno de nosotros está tentado a creer que es un gitano. Sabemos bien quiénes somos. Ninguno de nosotros está siquiera tentado a creer que es mortal. Sabemos que somos los hijos y las hijas del rey, y estamos

despiertos a nuestra identidad. No estamos tentados a creer que somos materiales, físicos o corpóreos. Sabemos lo que somos. Sabemos que somos ni más ni menos que “el resplandor de Su gloria, la expresa imagen de Su persona.” (Heb. 1: 3) Ninguno de nosotros está tentado a pensar, y mucho menos a ser, mesmerizado para entrar en la creencia de que vivimos en un universo material. Sabemos dónde estamos. Sabemos que ‘vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser en Dios,’ por tanto, nuestro universo es espiritual; es el universo de la Mente.

Nosotros no estamos hipnotizados a creer que la enfermedad, la pérdida, las relaciones inarmónicas, los accidentes y cosas por el estilo, tienen algo que ver con nosotros. Estamos del todo despiertos al hecho de que sólo cosas maravillosas están teniendo lugar.

Nosotros vemos, oímos, sentimos y nos regocijamos en un sentido Científico de salud, relaciones armoniosas, orden divino, paz, prosperidad, vida en abundancia, porque ***todo lo que está ocurriendo es Dios, expresándose a Sí mismo, y los resultados no son menos que perfectos.***

¿No es emocionante ser un inmortal completamente despierto, sabiendo quiénes somos, y lo que está ocurriendo? ¡Aceptémoslo, reconozcámoslo, reclamémoslo consistentemente, y regocijémonos con ello!

Siempre estaré inspirada por la experiencia de una mujer en uno de los países de dominio Nazi durante la pasada guerra. Un día, sin causa justificada, los soldados enemigos se la llevaron de su casa, junto con otras mujeres de la comunidad, hacia un campo de concentración. Poco antes el marido de la mujer había sido también capturado. Ella se vio obligada a dejar a sus dos pequeños hijos, aún demasiado pequeños como para valerse por sí mismos. De inmediato tomó la actitud de no dejarse mesmerizar o hipnotizar por la creencia de que algo terrible estaba sucediendo. **Vio claramente que Dios era su Mente, y comprendió que ciertamente la Mente estaba plenamente despierta al saber quién era ella, en dónde estaba, y qué estaba aconteciendo.**

Jamás, ni por un instante se permitió a sí misma ser mesmerizada al pensar que era un mortal en una prisión enemiga. Mentalmente insistió en que ella era la hija inmortal de Dios, libre, sin limitación alguna, morando en seguridad en el lugar secreto del Altísimo; ni por un instante se permitió a sí misma ser hipnotizada al creer que cosas horribles estaban siendo llevadas a cabo por manos de mortales malvados. Vio a los soldados enemigos científicamente, como el hombre perfecto de la creación de Dios, expresando sólo las cualidades amorosas y consideradas de Dios. Traspuso las paredes de la prisión y se negó siquiera a ser tentada por la creencia de que estaba en el entorno de un universo en guerra en el cual había niños pequeños que requerían ayuda, u hombres en campos de concentración. Más aún, **se regocijó de que estaba completamente despierta a la verdad de que en el universo de la Mente, el único**

universo, sólo cosas maravillosas estaban sucediendo a todos los hijos de Dios.

Como resultado, una mañana llegó un soldado enemigo, abrió totalmente las puertas de la prisión, y les dijo a todas las mujeres que se fueran a casa. No hubo explicación para este acto. No había cambiado ninguna situación en la guerra. El campo enemigo aún estaba localizado en ese lugar. Ningunos otros prisioneros fueron liberados en ese momento de otro campo de concentración. Solamente esta mujer sabía por qué la libertada había llegado a ella y a sus compañeras. ***Ella había sido 'el amo de la ocasión'.*** Debido a que sabía que Dios era la única Mente, ella se había rehusado a ser mesmerizada...

Seguro estarán interesados en saber que poco después que ella fue tomada prisionera, una vecina se llevó a los niños a su casa y los cuidó. Muy poco después de su retorno, su marido también ganó su libertad.

También nosotros podemos ver la libertad de la mortalidad, para nosotros y para otros, si negamos que estamos mesmerizados en creer que somos mortales en un universo material, y regocijarnos de que somos mortales completamente despiertos en un universo espiritual, alertas para conocer y saber que somos los hijos de Dios, por tanto, perfectos.

¿Recuerdan la interesante historia que les pliqué acerca del hijo del Rey que en realidad nunca fue un gitano? A pesar de cuánto amo esa historia, y a pesar de cuánta comprensión obtuve con ella, aún así, no es la historia de ustedes.

¿Me permiten tener el privilegio de contarles sobre su verdadera historia?

Hubo una vez el hijo de un Rey. Debido a que era obediente a su Padre, nunca anduvo vagando por el bosque. Nunca fue raptado por una banda de gitanos. Nunca creció pareciéndose a un gitano, ni tuvo un nombre gitano, ni habló el lenguaje de los gitanos. Nunca tuvo necesidad de que le fuera revelado que no era un gitano, sino el hijo del Rey. Y jamás tuvo que ser persuadido de que debía identificarse a sí mismo para poder ganar justamente lo que le pertenecía.

En lugar de estar vagando en la mortalidad, ustedes siempre han permanecido en la inmortalidad. En lugar de ir envejeciendo en la mortalidad, ustedes han permanecido sin edad alguna en la inmortalidad. En lugar de tener que haber sido despertados a la verdad acerca de ustedes, ustedes siempre han sabido que son los hijos de Dios. En lugar de tener que conocer nuevamente a su Padre, ustedes siempre Lo han conocido, Lo han amado, Lo han reverenciado y adorado, y han entendido su relación con Él. Más que tener que identificarse a sí mismos como Sus hijos, ustedes simplemente han continuado siendo Sus hijos muy amado en los cuales Él tiene gran complacencia,

sentados a la derecha de Dios, el Padre Todopoderoso. En lugar de tener que reclamar nuevamente su herencia, ustedes jamás han cesado de saber que todas las bendiciones de Dios son natural y necesariamente suyas.

Esta descripción de Jesús en Hebreos 7:3 es verdaderamente la descripción de todos y cada uno de nosotros: “SIN PADRE, SIN MADRE, SIN GENEALOGÍA; QUE NI TIENE PRINCIPIO DE DÍAS, NI FIN DE VIDA, SINO HECHO SEMEJANTE AL HIJO DE DIOS.”

<http://www.mbeinstitute.org/espanol/>